



Bilbao, Bilbo, Bilbao

Osmar Gomes da Silva

Osmar Gomes da Silva

Bilbao, Bilbo, Bilbao

Para

Helena,

Joao,

la ciudad de Bilbao

Mikel, Joxean, Joxi, Santi, Josu y los demás

Texto traducido al Castellano:

J.A.A.U.

Este es un libro de ficción. La semejanza de protagonistas con personas es coincidencia. Mera coincidencia.

SUMARIO

La parte revelada de la historia de Diego Etxarri años pasados

La muerte del caimán

Fray Diego y el Sudaca (antes de ser)

El cumpleaños de la tía María

La parte revelada de la historia de Fray Diego, del Sudaca e de los demás.

¡La mariposa marrón voló!

Sopa de Garbanzos

Charla en la Plaza Nueva

El maestro chino y el saltamontes

Kastrexana o Durmiendo con los Ángeles

La huída de Agury

El oficial maricas

El manuscrito de Sócrates o el chino enloqueció

Bilbao, Bilbo, Bilbao

Cuando desembarcó en el aeropuerto de Sondika , en Bilbao, sabía que Diego Etxarri le estaría esperando. Era la primera vez que viajaba a Europa invitado por el amigo. Llevaba en su maleta recuerdos inolvidables, que tendrían de ser separados para recomenzar definitivamente su vida. Es difícil, porque el destino humano marcha por atajos distintos y sorprendentes, engendra el futuro, llevando en cuenta el pasado, y un hombre maduro ¡nunca se libra de sus fantasmas! ¡Tendrá que cargarlos el resto de su vida!

La parte rebelada de la historia de Diego Etxarri, años pasados.

Así fue que cerraron los astilleros en Bilbao y Diego Etxarri, metalúrgico, soldador de tubos, no titubeó al recibir la respuesta de la oficina consular brasileña para trabajar en la Steel Company. Metió todo lo que tenía, casi nada, lo suficiente para abarrotar la vieja y curtida maleta de viaje Como no tenía cierre, se sentó encima para ajustar la tapa y la amarró firmemente. Embarcó en la primer línea con billete financiado y marchó a “hacer la América.”

Los primeros seis meses se amontonó con los más de quinientos trabajadores en los alojamientos del campamento de obras.

--¡Español!, ¡busca los compatriotas del clube Español en la ciudad! ¡Muévete *hombre!*, le decía Sergio el compañero de alojamiento.

--Yo vengo del País Vasco. Algún día te voy a contar un poco de la historia de mi pueblo. ¡Yo soy vasco! Decía sonriente.

Sergio y otros compañeros, tanto insistieron, que él acabó yendo al clube Español. Y, fue recibido de brazos abiertos. Como no podía ser de otra manera, ellos sabían lo que habían pasado para rehacer sus vidas en tierra extraña, y se sentían solidarios con el coterráneo vasco. En fin, con el apoyo del personal del club, alquiló una pequeña vivienda en Beira Mar, barrio de clase media, gente simpática. No tardó entrar en un grupo de amigos. Aquel personal tranquilo pasaba las tardes del sábado, tocando samba (*) en la

taberna de Pepe Botella, una terraza en el Súper Centro, donde se preparaban sangrías de frutas, y era donde Diego se metía. Bebiendo, cantando y mirando a las sayas, cuando no estaba en su relevo de la siderúrgica.

La añoranza de su tierra ya no le afligía tanto. Le encantaban las playas, el clima cálido, la cerveza helada y el mujerío. Era estimado en el grupo, que, también circulaba por los bailes de los jueves, en el club Español.

--¡Mina no te deja más en paz!, dijo Pepito, sentado a la mesa con Bacia.

--A ella le gusta el Dieguito, ¡mira cómo bailan! Además yo estoy interesado en otra cosa; explicaba Bacia, cuando los dos se aproximaban con las manos dadas.

--¡Mira! No sé lo que vosotros estáis urdiendo, pero ya os voy avisando, ¡no estoy comprometida!—dijo Mina, y apuntando hacia los dos—Dieguito es bailarín, ¡no es una “pelota pinchada!”

--¡Ole!—gritaba Dieguito, zapateando. Y todos se reían.

Cuando no estaban en el baile, el punto de encuentro los domingos era la Villa Belmiro, en la hinchada Sangre Santista empujando la Ballena (***) Mina, Diego Pepito y Bacia ¡eran sin duda la peña de Orilla del Mar!

Sin embargo, fue el grupo de choque de los operarios de la siderúrgica con Sergio, Caimán, Cerezo, Baiano, Martillo y Joao Sebo que poco a poco llevaron el Español hacia el movimiento obrero. La ciudad tenía tradición de luchas sindicales importantes. Por algo había sido apellidada de ¡La Ciudad Roja!

Estaban ellos en aquel grupo de metalúrgicos conversando en el patio de Steel, y llamando los que se aproximaban para discutir aumentos de sueldo, asistencia sanitaria, y carencia de equipamientos causadores de los últimos accidentes. Incluso porque Diego Etxarri tenía experiencia de esos problemas con los metalúrgicos de Bilbao.

--¡No puede ser! – La muerte del compañero Valmir, con quemaduras en setenta por ciento del cuerpo aún estaba presente en nuestro día a día. Se indignaban. Todos los meses había accidentes con resultados a veces trágicos.

--Es verdad.-dijo Joao Sebo quitándose el casco. –¡esto se está rajando!, vean, y ¿sabes lo que dice la manutención? “¡arréglate con ese hermano!”

—¡Español! La semana pasada cuando el difunto Helio se cayó del andamio, el personal de la acería descubrió que aquellos cables estaban rotos. No sé si tú sabes, pero después del accidente, la manutención recogió todo y desapareció con las pruebas. —decía Baiano.

(*) Samba: Ritmo afro-brasileño común en todo el Brasil con sus respectivas variantes regionales.

(**) Ballena; se refiere al animal símbolo y mascota de Santos Fútbol Clube (NT)

--Lo sé, sí. Cerezo me contó en el Sindicato. Él estuvo reunido con el personal de la Siderúrgica Aço Norte sobre una enfermedad extraña que está atacando a los operarios de la coquería.

--Tenemos que exigir de la empresa equipos de protección para trabajar con seguridad –enfaticó Sebo con el casco en la mano.

--¡Que viene el capataz! Vamos a cambiar de tema.

--¡El Español tiene razón! Es así mismo. – Quedó conocido entre los operarios por sus opiniones.

--Español, no. ¡Vasco! Pero la gente no entendía. Muchas veces intentaba explicar: Vasco es Vasco. Español es Español. Vasco nace en el País Vasco. Pero resultaba inútil.

--“Te vamos a llamar Español, y se acabó”

--Español, te queremos en la comisión interna de prevención de accidentes – dijo Sergio, que representaba el grupo de metalúrgicos.

Fue elegido miembro de la comisión interna de prevención de accidentes para fiscalizar las normas de seguridad, lo que le dio acceso a las estadísticas de los acontecimientos en la empresa. Pero, hubo un hecho que empezó a despertar su preocupación; el número bastante elevado de metalúrgicos siendo retirados por el departamento médico sin explicaciones convincentes. “!Esto es muy raro!”

Empezó a visitar compañeros. A hacer preguntas.

--Lo único que sé es que me mandaron hacer un análisis de sangre. Ahora estoy de baja cobrando una miseria de sueldo.

--Pero, amigo, ¿y el resultado de los exámenes?

--¡Debe estar en el departamento médico! – Era la respuesta.

Se acordó de las palabras de Cerezo “En la Siderúrgica Aço Norte hay una enfermedad extraña atacando al grupo de la coquería.”

En el departamento médico los funcionarios se oponían a devolver los resultados de los exámenes de sangre de los casi cien trabajadores de baja. Reunió los metalúrgicos de la comisión interna de prevención de accidentes en el sindicato y les expuso la situación. La resolución aprobada era que un hecho grave estaba sucediendo con la salud de los empleados, la empresa lo sabía y estaba escondiéndolo.

--“Vamos a presionar el departamento médico para revelar el resultado de los exámenes de sangre” –dijo.

Accionaron el abogado del sindicato. El Licenciado Malaquías cansado de luchas y aguardiente. Había sido muy hábil durante la intervención militar en el sindicato, cuando el Ejército tomó el poder mediante un golpe de estado. Pero esto ya hacía parte del pasado. Ahora al Licenciado le gustaba la “cachaza”, era un borrachín de primera, conocido como Licenciado “Maleta.” Diego Etxarri entró en la sala en busca del abogado.

--No está. Creo que se encuentra con el presidente. ¿Desea que le anuncie? Y habló por el interfono.

--¿A ver?, por favor.

--¿Es la sala del presidente? ¿El Dr. Malaquías está ahí?

--¿Si? Pídale que baje, que el Español de la comisión de seguridad está esperándole.

Diego se puso nervioso. --¿Me puedo sentar para esperar?

--Claro. El abogado ya esta bajando.

--¿Tú tienes pariente español? Le preguntó Diego.

--Sí, de parte de mi madre son todos españoles. ¿Por qué?

--Porque, ¡española será tu madre! Yo soy Vasco--dijo sonriendo.

--¿Si? No lo sabía, pero en el sector ¡todos te llaman español! En aquel momento entraba el Licenciado Malaquías—Y entonces, Español ¿qué mandas? Entra, ¡venga!

Diego se levantó para entrar a la sala del abogado, mientras ella le acompañaba con un mirar provocador ¡“es realmente español”!

--¿Ya esta listo el documento, Doctor? Queremos presentarlo esta semana en el departamento médico de la empresa.

--Mira, hombre. Estuve hablando con unos colegas abogados laborales a respecto de la solicitud para requisar los exámenes de sangre. A ellos les parece que es bueno esperar un poco.

--¡Cómo esperar! La comisión interna de prevención de accidentes tiene autonomía para requisar estos exámenes. No necesitamos opiniones ni consultas de rúbulas y mucho menos de autorización de la empresa. La comisión sólo está utilizando el camino normal.

--Está bien, Español. ¡Mira como hablas! Te puedo procesar por ofenderme--dijo con firmeza.

--¡Muy bien doctor “Maleta”! Entonces voy a hablar con el presidente y convocar una rueda de prensa- le respondió irritado.

Así que Diego salió, el abogado le siguió pidiéndole tranquilidad, pues todo sería resuelto. Pero subió la escalera hacia la sala del presidente.

--Puede entrar, doctor Malaquías. Queda dispensado de este caso. El sindicato ira convocar una rueda de prensa. El compañero Español tiene razón; usted necesita de unas vacaciones.

--Pero, presidente. ¡Este es un caso muy grave!

--Sí. Es mismo. La dirección tiene conocimiento de las declaraciones insanas del doctor Sá Guerra, de la Siderúrgica Aço Norte en el seminario interno, afirmando que los compañeros de baja ¡debían volver al trabajo para sentirse útiles a la sociedad!

--Este hecho es novedad para la comisión, y prueba que ¡hay algo “podrido en el reino de Dinamarca!” dijo

--¡Español! El sindicato dará todo su apoyo.

Cuando salieron los ojos del doctor “Maleta” era dos puñales lanzados hacia el corazón de Diego.

--¡Español! ¡Me las pagarás todas juntas!- rumiaba ferozmente “Maleta.” Diego sonreía.

El día siguiente Diego reunió los compañeros en el patio de la empresa. Les contó lo ocurrido y decidió buscar Antero el periodista de la Hoja de Noticias. Antero aceptó el desafío y dos días después salía con destaque en primera página, la denuncia de que decenas de metalúrgicos habían sido dados de baja por orden medica debido a una enfermedad de origen desconocido. El departamento médico de la empresa no tardó en entregar un informe sobre la enfermedad de los trabajadores y reunir la comisión interna de prevención de accidentes.

Se encontraban allí los miembros de la comisión de metalúrgicos, el presidente del sindicato, el abogado Malaquías (con sus vacaciones determinadas), el periodista de la Hoja, Antero y Sydney Gebels ingeniero ph.D, cuando el Dr. Boa Ventura jefe del departamento médico de Steel Company entregó los exámenes y el diagnóstico de la extraña enfermedad.

--¡Leucopenia! Está escrito aquí. Muy sencillo, ¿no?. Lo que hacemos es mandar el enfermo a casa, ¡lejos de la contaminación! –dijo categórico, metido en su almidonada bata blanca el Dr. Boa Ventura.

Diego Etxarri argumentó que la empresa tenía que tomar medidas de ampara a las familias de los trabajadores, como asistencia médica para acompañamiento de la enfermedad y apoyo psicológico.

--¡Pido la palabra! –tronó en la sala la voz grave del negro Cerezo de la comisión- Doctor usted cuando me dio de baja del área después de ver mi examen de sangre, dijo que esta enfermedad ¡era propia de negros!.

--Es verdad. Mi examen también estaba en su mesa,-dijo Caimán confirmando.

--Bien Según el profesor M. Ruinze nuestro hematólogo titular la Leucopenia ¡no es enfermedad ni hematológica ni ocupacional! ¡Es un dato de laboratorio! La empresa se obliga a realizar la higiene industrial, que se diga de paso, ha sido muy bien hecho: retirar el paciente.

En el mismo momento la indignación se apoderó de los miembros de la comisión . La verdad es que la dirección de la empresa basada en el laudo pseudo-científico de médicos y profesores “a palos” concluyó que la molestia era una cuestión genética específica de la raza negra.

--Y digo más—berreó el ingeniero Gebels.

--Coquerías como las nuestras exigen brazos fuertes, de lo contrario no aguantarían la marea, y negros porque esta no sería una ocupación para blancos...

--Ustedes van a tener que defender sus tesis de racismo ante la prensa. Vamos a organizar una rueda con los periódicos y TV –Interrumpió airado Antero .

--¿Racismo? ¡Ja ja ja! --Carcajeó el ingeniero Gebels.

--Pero esto tampoco es un tema que interese al público. –Intervino el Dr. Boa Ventura.

--Sí es doctor. Es un asunto grave, de salud pública, que esta atacando a metalúrgicos y sus familias y la sociedad tiene que ser informada. Vamos a convocar una asamblea extraordinaria en el sindicato. Serán invitadas la asociación de médicos y la orden de abogados. –Replicó Diego, incrédulo con lo que oía.

--La presidencia del sindicato dará todo el respaldo a la iniciativa de los metalúrgicos miembros de la comisión interna de prevención de accidentes. – Dijo categórico el presidente.

Realmente, el presidente del sindicato, había trabajado en la coquería, y también estaba atacado por la enfermedad, y concluyó:

--Los metalúrgicos y la comunidad queremos saber, por que ¡yo también tengo leucopenia y no soy negro!.

Se oyó un murmullo en la sala con la revelación sorprendente. Leucopenia era la disminución de las tasas normales de glóbulos blancos provocada por la exposición de los metalúrgicos a sustancias altamente tóxicas. Por primera vez se hablaba de esta enfermedad atacando a trabajadores que operaban en áreas contaminadas por el benceno, subproducto de destilación de la hulla en la fabricación de acero. No se sabía las consecuencias, ni tampoco el tratamiento y los rastros a largo plazo.

La muerte de Caimán

Así, la investigación de Diego Etxarri fue el principio de una denuncia grave que involucraba y alcanzaba más de ochocientos metalúrgicos, así como también trabajadores en instalaciones petroquímicas, industrias de pinturas, barnices, actividades de pintura pulverizada. En fin, operarios y operarias de cualquier raza desde que estuviesen expuestos al benceno, podrían contraer la enfermedad.

Caimán estaba de baja y su estado de salud había empeorado después de la tumultuada reunión en la empresa. Vivía con su mujer y tres hijos en el conjunto habitacional “Orilla del Túmulo.” Era un aglomerado de edificios donde habitaban muchas familias operarias, así conocido, porque quedaba al lado del cementerio de la ciudad.

--¡Mujer!, ¡vete a la puerta de la empresa y espera a Sergio y al Español!. No me encuentro nada bien...-dijo sentado y mirando por la ventana el campo santo , cuajado de tumbas y cruces.

--Voy ahora mismo, pues los niños ya vuelven de la escuela. Los encontraré a la salida del relevo de la tarde. ¡Mi negro!, tienes que comer algo. ¿Ya te has mirado al espejo? Estás con trazas de difunto negro. ¡Pálido y con esas ojeras!.

--¡Rápido, rápido, tráeme el orinal mujer!, ¡voy a vomitar otra vez!

No hubo tiempo. El vómito venía en arcadas amarillas esparciéndose por el suelo descolorido y los muebles rústicos del cuarto.

--Aquí, dentro negro. ¡Ay Dios mío!- decía apoyando la cabeza del marido con una mano y con la otra el orinal. Caimán con la cara metida vomitaba y vomitaba.

--¡Mujer! El cólico está volviendo. ¡Cómo Duele!

Dinorá arrastró el marido que se había desmayado a la cama. Limpió el vómito del suelo y cambió las ropas sucias por limpias.

--¡Negro, óyeme! ¿me oyes? Voy a buscarlos ahora mismo a la empresa ¡aunque tenga que invadir aquella mierda! Aguanta firme.

Y allá se fue aquella mujer desesperada en busca de ayuda Tomó el autobús Fabril, y en pocos minutos, estaba en la puerta de la empresa.

--¡Señor guarda, por favor!. Tengo que hablar con el departamento médico. Caimán está muy mal. Su estado es muy grave.

--A ver. Un momento que voy a llamar al departamento. Echó mano al teléfono: -¿Departamento médico? ¡SÍ! Avise al Dr. Boa Ventura que la mujer de Caimán está aquí en la portería. El caso es grave. ¡SÍ! ¡SÍ!

--Puede entrar señora. Siga por esta alameda, es el edificio de la izquierda. Tiene un letrero.

La noticia se difundió en seguida. El personal de la coquería, Diego Sergio y los demás abandonaron sus puestos y fueron al departamento médico. Dinorá estaba entrando en la sala del doctor al llegar ellos.

--Vamos a entrar todos juntos Queremos saber cómo está Caimán – dijo Sergio.

--¡No señor!. Aquí mando yo. Sólo entra doña Dinorá. El asunto se refiere a su marido

--¡Eso es lo que usted piensa!. Este asunto nos interesa también a todos nosotros. Ahora es de dominio público. Y entraron a la sala.

Dinorá explico la gravedad del estado de salud de su marido. Golpeaba la mesa del médico y apuntaba el dedo amenazador para aquella cara con dos ojos de sapo.

--Tiene que ser ahora mismo. Se está muriendo, doctor. Y se puso a llorar. Los la rodeaban listos para avanzar.

--Voy autorizarla ambulancia inmediatamente para remover Caimán al hospital. Vosotros podéis ir junto.- El médico se había quedado preocupado y acosado con lo que oyó. Convencido de que iba llevar unos sopapos. Estaba trémulo y pálido.

Cuando llegaron los niños ya estaban en casa llorando. Entraron al cuarto, la mujer, Sergio y Diego temiendo lo peor. Caimancito, el hijo mayor, estaba blanco como la cera, y dijo entre sollozos:

--¡El padre murió ahogado por su propio vómito!, madre.

Caimán murió de bencenismo, intoxicación por inhalación y exposición sistemática al benceno.

--¡Sergio!, vete a la empresa a esperar el personar del relevo, que yo voy al sindicato a convocar una asamblea. Ahora la ciudad va a saber la verdad – decidió Diego saliendo rápidamente.

--¡Comadre!, vamos a llevar el cuerpo al sindicato- dijo Sergio mientras vestía el difunto.

--No sé, lo voy a pensar. Toma este traje. Es el de la boda. El hombre sólo lo usó en el bautiza del benjamín, pero, ¡ciérrale la boca!

--¡Ya la cerré, pero se vuelve a abrir! ¡Caimán no podía morir, comadre!

Mira como se quedó un esqueleto. Paró de vestirle los pantalones y se puso a llorar con ella.

--¡La velada tiene que ser aquí, en su casa! ¡Va a ser aquí! ¡Quien quiera ver mi negro muerto, va a tener que venir a aquí! –gritaba la mulata Dinorá desde la ventana del quinto piso del “Orilla del Túmulo” enfrente del cementerio.

Fue uno de los mayores entierros de que se tuvo noticia, el del metalúrgico Caimán, una de las primeras, y no sería la última víctima de contaminación por benceno.

Las calles fueron tomadas por los operarios. El apartamento abarrotado. El calor insoportable y el olor del muerto junto con las flores de las coronas dispuestas por el pequeño salón invadían todo el conjunto habitacional.

En la esquina Diego, Sergio, Cerezo y el personal de la comisión de prevención de accidentes discutían con miembros del comité de enfermos de leucopenia una declaración a la prensa.

--¡Compañeros, vamos a tomar unos tragos!. Hay que subir para dar el último adiós al amigo- dijo el negro Cerezo arrastrando el grupo hacia el mostrador.

¡Más conversa y más cachaza. El portugués de la taberna ¡no podía ver los vasos vacíos! Ya la charla estaba nebulosa y las piernas torcidas. Diego agarró Sergio, que agarró Cerezo y todos subieron al quinto piso donde esperaba el difunto Caimán.

En la sala el cura Trivela, recitaba las últimas palabras de consuelo exaltando la figura de Caimán, cuando el grupo llegó empujando y apartando el público hasta arrimarse al ataúd.

Caimán allí quieto. Las manos cruzadas en el pecho, la boca cerrada con el mentón atado por Sergio, yacía con un sereno y pacífico semblante.

El sepulturero pidió permiso para cerrar el cajón. Dinorá se puso a llorar y gritar. Los niños fueron apartados cariñosamente por su abuela. Sergio sacó del bolsillo una bandera del Partido toda arrugada y la estiró encima del féretro alisándola con las manos.

--Compañerito, compañerito... compadre vete en paz a juntarte a los comunistas del mundo que ya se fueron al cielo con Lenin y el ejército rojo... Espéranos allí...

El hálito de Sergio e de los otros era pura cachaza. Entre los seis agarraron las asas del ataúd y con pasos claudicantes fueron bajando las estrechas escaleras del edificio, con todo el cortejo detrás. Pegaba en las paredes. Levantaba en la curva. Abajaba después. ¡Y Cerezo tropezó! Rodaron, se encaballaron y se precipitaron escaleras abajo. Cuando encontraron Caimán, el cajón estaba en pedazos y las flores esparcidas por todas partes.

¡Porras! ¡el ataúd era de segunda! – afirmó sorprendido Cerezo

Lo juntaron todo, cerraron la tapa y salieron a la calle cargando el féretro a trancas y barrancas y entrando al cementerio.

Caminando por la alameda central, la humilde procesión cargaba lo que había sobrado del cajón, en la carreta funeraria.

La fosa ya estaba abierta esperando el difunto, cuando se precipitó una tormenta tropical de verano como no se veía hacía tiempo, inundándolo todo. Metieron el cajón en cachos con Caimán y la bandera del Partido en el compartimiento y lo emparedaron. El sepulturero aprovechó el cemento fresco y escribió con el dedo: “Aquí yace el comunista Caimán.” Dinorá miró hacia

arriba. La lluvia caía torrencialmente. Rostro acabado, mojado de lágrimas, manos suplicantes hacia los tres hijos que miraban de la ventana del quinto piso, donde vivió y murió el metalúrgico Caimán.

Los debates e investigaciones se prolongaron durante algún tiempo, pero la comunidad científica, admitió con cierta resistencia, después de la muerte de Caimán, la relación del apareamiento de la leucopenia con la exposición de los operarios al benceno y derivados. El argumento racial de la enfermedad había sido enterrado con Caimán, pero costaría a Diego Etxarri una odiosa persecución de la dirección de la empresa.

En la próxima elección de los miembros de la comisión, Diego ni había sido indicado como candidato. Los compañeros de la antigua comisión Sergio y Baiano ya le había alertado. “Español, los pelotilleros de Steel Company ¡te van a dejar en el congelador!” “Puedes creer que es información de buena fuente.” No lo tomó en serio, pero así mismo formó un grupo disidente con los antiguos compañeros. Se reunieron en el patio de la empresa.

Sergio fue el primero a hablar:

--Español, queremos que participes en las reuniones del Partido, eres un compañero de liderazgo combativo y respetado. El Partido se sentiría honrado en tenerte en sus filas.

--¡Voy a pensarlo!, -dijo.

--Parece que el compañero Martillo tiene un informe urgente – avisó Sergio.

--Sí, como ya esta siendo divulgado, la próxima semana habrá una reunión en la sede del Partido para recordar el aniversario de la muerte del compañero Prestes (*)

--¡Martillo! El orador ¿no es el profesor Celso de la Universidad? – preguntó Baiano.

--Así es. Pero el profesor también es camarada – dijo el negro Martillo sonriente.

--¡Compañeros! vamos que el autobús llegó – alertó Sergio. El relevo de la tarde había terminado y el peonaje volvía a casa.

Luego la empresa le trasladó al almacén, aislándolo de la masa donde era un líder. Se dio cuenta de que con aquella dirección de la empresa, estaba liquidado. No aguantaba la soledad, vivía angustiado.

Diego Etxarri había estudiado en el seminario. Participaba de grupos de comunidad de base, con jóvenes interesados en lecturas y estudios sobre la teología de liberación. Libros sobre el trabajo de unos frailes operarios franceses y filósofos marxistas. Se entusiasmó con esta nueva actividad.

En la última reunión que Diego participó , estaba tenso.

--Me emocioné mucho con la invitación, conozco la lucha de los comunistas por una sociedad más justa y la lealtad de los compañeros, pero ¡no estoy preparado!

--Es una cuestión ideológica- dijo.

Pasados algunos meses, no resistió las presiones y se dimitió de la metalúrgica. Decidió volver a los estudios en el seminario.

--¡Voy a ser cura! – confidenció a Pepito, a Mina y Bacia en la última serenata de Pepe Botella.

Fray Diego y el Sudaca (antes de serlo)

El consultorio de la calle Lobo Vianna, en el Orilla del Mar, tenía una sala de espera siempre llena.

--Doctor, hay un joven con dolor esperando, pero usted no tiene horario.

--Muy bien, tú ya lo sabes: primero las emergencias.

--Doctor, usted tiene que dar una solución. Mire mi cara. Dijo con un acento de español y una patata en la boca. Era un joven de estatura media, rostro cuadrado, nariz recto, piel clara y pelo negro, usando gafas de aros metálicos.

--Tranquilo, que no es nada grave. Vamos a recetar un antibiótico y emplastos calientes. –Dijo después de examinarlo.

Era Diego Etxarri, el ex-metalúrgico, la semana que iba a ser ordenado en el Monasterio de la Trinidad.

El camino de fray Diego, ahora dedicado a los pobres y excluidos tampoco fue un mar de rosas. Optó por el apostolado en las chabolas de los cerros, participando activamente de la vida comunitaria. Reunía los líderes de la parroquia después de las misas para conversar sobre la necesidad de una guardería y del saneamiento, debido a la situación de riesgo de males endémicos entre los niños. Las mujeres sentían gran necesidad de un lugar seguro para dejar los hijos y poder trabajar, así, ellas eran las más dispuestas para firmar solicitudes de mejoras,

--Podemos bajar en manifestación hasta el ayuntamiento. –Propuso la madre de Pedrito.

--Vamos a reunir el personal. El reverendo viene con nosotros, ¿no?- preguntaba Clotilde encargada de recoger los óbolos y de las finanzas del Partido.

(* Prestes, Luis Carlos. Héroe de los comunistas brasileños. Se dimitió del ejército y organizó la famosa Columna Prestes, que recorrió miles de kilómetros en acciones revolucionarias. Más tarde se eligió Senador, pero, fue desterrado por el gobierno militar en 1964

--Sí. Vamos a la manifestación con las pancartas. ¡Lleven también los niños!. Él aceptaba la misión.

Y bajaron como una procesión, pero no cargando imágenes de santos, y sí carteles. El centro de la ciudad quedó agitado aquella tarde cálida de noroeste, con aquel cortejo distinto de poco más de cincuenta mujeres y niños llevando pancartas exigiendo guardería y saneamiento básico, claro está, con el cura por delante. El viento levantaba el hábito marrón y los vestidos de las mujeres y los críos diciendo bobadas.

Subieron la escalinata hacia la puerta principal y en seguida vino la noticia traída por el bedel de gabinete.

--El Sr. Alcalde viajó a la Capital en busca de fondos. ¡Estamos sin dinero!.

--Y, ¿cuándo vuelve? – preguntó fray Diego.

--No sabemos. – La respuesta fue grosera y lacónica.

La verdad es que el alcalde se había escondido para no recibir los habitantes de las chabolas. Aquella reivindicación no tenía mucha importancia; lo que contaba puntos era ¡embellecer las playas!. Con ello agradaba a la alta sociedad y a los turistas. Además el morro ¡era todo de la oposición!. Se volvieron con la pancarta enrollada y frustrados.

--La semana que viene le estrujamos el cuello duro. ¡El tío nos va a oír! – refunfuñaba Clotilde al fraile.

Esta forma de pedir desagradaba al poder público, pero a fray Diego Etxarri no le importaba. ¡Él servía a otro Señor!

Todos los fines de tarde pasaba en el consultorio del dentista.

--Lo que hace falta, clientes, no tienes. Entonces vamos a tomar una caña y charlar un rato. ¿Vale?

--Bien. Por hoy, basta de consultas. ¡Oye! ¿Ya no entras más en el Pepe Botella?

--Hace mucho tiempo. Desde que la peña se disolvió. Pepito se casó con Mina. No salen del baile del club Español y Bacia se volvió drogadicto. Y además ahora ¡sólo bebo cerveza! –dijo orgulloso.

--¿Nadie dice que eres fraile vistiéndote así?

--Pero, yo soy. El hábito es sagrado. Se debe vestir en el templo sagrado para la santa misa.

--Bien, pero la semana pasada ¡estabas al frente de la manifestación y de hábito!

--Algunas veces es necesario usar la fuerza secular para impresionar-dijo con una sonrisa. Y añadió serio: ¡Este alcalde es un berzotas. “¡Harina del mismo costal! –dijo masticando las palabras.”

--¿Quién es harina del mismo saco?

--Todos, el alcalde, el superior. Comen en la misma mesa y quieren conservar los privilegios. ¡Esto tiene que cambiar!

Hablaba indignado. Disertaban durante horas sentados en la cervecería de Gonzaga*) bebiendo y fumando. Siempre con la camisa de mangas cortas. Le encantaba filosofar, hablar sobre las injusticias sociales y fumar como un carretero.

El Monasterio de la Trinidad presionaba. Convocaba Diego a reuniones de consejería intentando convencerle a que atendiese las cosas divinas y dejase las terrenas para los políticos.

--¡Mierda!, no aguanto más este Superior.-Se desahogaba nervioso.- Mi compromiso es con los pobres.

Después de seis meses fue transferido.

--Fray Diego, usted irá a una misión evangelizadora de atención espiritual a los internos de la cárcel de la ciudad. –Dijo el Superior solemnemente.

--¡Gracias Reverendo!-Respondió el fraile aceptando la nueva misión.

--Ahora voy a desarrollar un trabajo de derechos humanos en la cárcel.

La situación deshumana en que vivían los presos amontonados en celdas inmundas, sin cuidados médicos adecuados a los portadores de SIDA, le afligía. Hablaba de las mujeres prisioneras y de cómo vivían en promiscuidad, de la corrupción y explotación, para introducir marihuana y cocaína. Quería llevar a su amigo dentista para arreglar los dientes de los presos.

--Doctor, vas a ver lo que es bueno.-Comentaba sonriente. Voy a conseguir que atiendas al personal dos horas al día, ¿está bien? Hablaba con entusiasmo, lleno de esperanza con los cambios que había conseguido ante la dirección del presidio.

Después de algún tiempo las cosas empezaron a ponerse diferentes para él. Notó dificultades de acceso a los internos.

Esto tiene que ver con el Director de la Cárcel y el Superior – decía, ¡envidias, mezquindades!.” Por eso cuando en las reuniones del Consejo reivindicaba un poco más de ayuda para gastos personales, le era negada.

Las presiones y amenazas de nueva transferencia crecían, angustiando Diego Etxarri. Decepciones y frustraciones le llevaron a pensar en volver a su tierra. Fueron muchas noches de cerveza y conversa con el doctor sobre este tema.

*) Gonzaga: Barrio que rodea la bellísima playa de este nombre, en Santos.

Aquel fin de tarde cálido, Diego llegó al consultorio. Estaba ansioso para desahogar. Sudaba a chorros.

--Doctor, ¿vas a terminar cerrando el consultorio por falta de clientes! .

--El pueblo no tiene dinero, hermano, y en cada esquina hay un dentista y una taberna. ¡Así no puede ser! –dijo sonriendo . ¿Qué pasa?, me pareces un poco extraño.

--¡Pedí para ser transferido a un monasterio en Bilbao!, dijo de repente y continuó:

--No puedo soportar más esta situación. Tal vez en dos meses más, ellos estarán libres de mí.

Estaba deprimido. Era una fuga más. Diego estaba huyendo de sí mismo.

--¡Vamos a tomar una caña para aclarar las ideas! – convidó el doctor. Salieron.

Cuando las ideas quedaron claras, empezaba a amanecer.

El cumpleaños de la tía María

El dentista le llevó en su coche hasta el aeropuerto internacional y así pudieron cambiar ideas sobre los nuevos planes de fray Diego. Estaba ansioso por volver a su tierra. Reanudar antiguos proyectos. Tenía mucho que hacer.

--Por ejemplo, ¿qué?- preguntó. La libertad –dijo con la mirada en algún sitio lejano. En aquel momento el doctor no se daba cuenta de lo que él decía. Solamente mucho tiempo después iría a comprender la palabra.

En la sala de espera de pasajeros sus ojos revelaban felicidad. Se abrazaron.

--¡Aún nos veremos en Bilbao! – dijo en voz alta. Y desapareció en el pasillo de embarque.

El doctor volvió conduciendo en alta velocidad. No se podía atrasar. Su compromiso con la fiesta de después, a la noche, era inexcusable. Jujú se lo merecía, a pesar de que fray Diego ya le había alertado:

--“¡Hombre! Tú no estás con edad para apasionarte. ¡Seducción y provocación son los ingredientes necesarios para un hombre perder la cabeza!” Y él ¿le hacía caso?

--“En temas de corazón, ¡doy clases fray!” – decía el doctor

La tía María cumplía años. La familia había combinado celebrarlo en el club Español. Como era jueves, había baile en la Sociedad. Llevarían una tarta. Fiesta en mitad de la semana, encima baile con orquesta y Jujú, ¿esto no es todos los días!

Aquellas relaciones, en verdad, no andaban muy católicas, como se dice. Él intentaba soportar el antagonismo de genios, provocaciones y hasta un cierto desprecio que ella muchas veces demostraba.

--“¿Tampoco somos casados! Somos enamorados” murmuraba al conducir.

--“Pero en el mundo de hoy las relaciones ¿no se mantienen durante mucho tiempo!. Al principio todo son flores, pero con el pasar del tiempo aparecen las diferencias, el mal humor, la TPM, en fin, te das cuenta que ni la cama asegura la relación. Tiene que haber mucha afinidad, cosas importantes en común y amor para mantener la unión” –eran los consejos del fraile.

“Cuando dos personas se encuentran en la media edad viniendo de mundos distintos, traumas y expectativas frustradas pueden ocurrir, ¿ten cuidado doctor!”

Tenía que combinar los detalles, concertar el horario, para llevarlas al club. Si bien que el mayor interés debería ser de Jujú.

“Lo interesante, que la tía es de ella, pero no había interés en Jujú.” De repente le vino este detalle a la memoria.”

Se sacudió la cabeza para librarse de toda aquella gente hablando al mismo tiempo. Ya rodaba por la ciudad y necesitaba una cabina para telefonar. No podía esperar hasta llegar al apartamento.

--A ver, doña Dú, ¿está Jujú? ¿No? Bueno, llamaré más tarde.

“Bien, a esta hora ya debía estar en casa. A lo mejor fue a la peluquera. Ya sabemos cómo son las mujeres y principalmente Jujú. Pero, doña Dú debería saber...”

Entró al garaje del edificio. Subió rápidamente para llamar por teléfono.

--Dígame, doña. Dú, ¿Jujú ya llegó? ¿No? ¿Fue a la peluquería? Haga el favor de avisar que a las nueve las paso a recoger para la fiesta de la tía María. ¿Está bien?. Hasta luego.

“¿Donde se habrá metido?” Aquella cabeza celosa e insegura no cesaba de pensar. Tendría que enfriar las ideas. Bien que podía al centro de compras y buscar una camisa nueva para presentarse a ella y así pasaría el tiempo hasta el anochecer.

Vistió una bermuda, camiseta y gafas oscuras. Era una tarde tórrida. Se sentía bien, aquella mujer había rejuvenecido su espíritu. Era joven, había caído del cielo. Todo lo que quería en aquella edad era dejar de ser un solitario del quinto piso de aquel apartamento de una habitación y salón.

Tomó el ascensor y bajó. Salió a la calle y fue andando hasta el centro de compras.

“Quién sabe si no fue a casa de la tía María.”

La tía María no era anciana, pero un derrame cerebral sin secuelas motoras la dejó con el raciocinio lento y frecuentemente daba respuestas sin ninguna lógica.

“Creo que debido a eso el marido se había vuelto mujeriego y no le daba ninguna atención a ella.

Cierta noche reunidos en casa de Jujú y conversando sobre sus planes de vivir juntos.

--¿Sabe que usted me recuerda el padre de mi sobrina? ¿No es Dú?

--Es verdad María, la diferencia es que el fallecido no se pintaba el pelo.

El doctor se quedó con palmo de narices, la tía María completamente alelada y la suegra debía estar encantada. Jujú echó una carcajada tan escandalosa que la escucharos los vecinos del edificio de enfrente y las lechuzas del tejado piron y volaron asustadas.

Amor a primera vista. ¡Era la camisa para aquella noche!. Social, de manga larga con los colores de moda. Un hombre elegante siempre será bien sucedido – pensó. Ya con la bolsa en mano, al salir de la tienda observó la pequeña de pelo corto y platinado mirando el escaparate del otro lado. ¡Por el trasero sólo podía ser Jujú!

--¡Jujú!- Llamó. Ella se volvió. Le reconoció y frunció el ceño.-¿Haciendo compras?

--¡No!. Viendo los escaparates. –Dijo con desdén. ¿Y tú?

--Decidí comprar una camisa nueva para usar en la fiesta de tía María. Mira; llamé a tu casa y tu madre no sabía dónde estabas. Por eso dejé recado.

--¡Tú sabes que no me gusta eso!

“Empiezan las quejas”

--Esa cuestión de dejar recados..., Y otra cosa, estás con mucha prisa por causa de esa fiesta. ¡Yo no estoy nada interesada!

--Bueno. Yo... hun... yo sólo estaba queriendo combinar para no haber confusión de última hora.

--Hay mucho tiempo. ¡Hasta la noche pueden ocurrir muchas cosas!. ¿A qué hora marcaste con mi madre?

--A las nueve.

Muy bien. Entonces déjame ir andando que tengo otras cosas que hacer. Se volvió y tomó la dirección de la escalera mecánica.

“¿Qué será que ella quiso decir con muchas cosas pueden pasar?. Jujú anda muy nerviosa. ¿Será la TPM que anda atacando? Es que esa tensión premenstrual resulta intolerable. Ha dado fin a muchas relaciones como dijo

aquél psicólogo japonés en la tele.” Sabía que estaba pisando en huevos, por eso tenía que tener mucho cuidado para no romperlos. Aceptaba el mal humor de Jujú para no empeorar la situación. Pero todo tiene su límite. Realmente estaba andando sobre el filo de una espada.

Volvió a su residencia un poco triste. Aquella vuelta de espaldas había herido su amor propio. A pesar de que le gustaba verla de espaldas.

Tomó una ducha, y al salir del baño estaba con otro humor. Se vistió. Se miró al espejo y se quedó satisfecho con su aspecto. Afeitado, perfumado, con la camisa nueva color de última moda, pantalones de lino y zapatos brillantes. Bajó al garaje entró en su coche y aceleró en dirección al apartamento de Jujú. Aparcó enfrente. Se miró en el retrovisor. --“No estoy nada mal”-pensó. Se apeó, cerró el coche. Llamó al interfono, una voz avisó --“Puede subir”. Eran dos pisos hasta la vivienda. Entró, todos estaban compuestos en el comedor. Menos ella. Tardó en aparecer, pero cuando surgió en la puerta de la pieza estaba encantadora. Él se levantó de la butaca, la dirigió contento una sonrisa. Y se acercó a besarla. Pero Jujú lo evitó con fría indiferencia. ¿Sería para no estropear el maquillaje?. Algo estaba errado, aquella cara de pocos amigos... -- “¿Quién demonios mordió a esa mujer?”

--Entonces ¿vamos?. Gesticuló ella con la cabeza. Bajaron todos al automóvil.

--Querida, sería mejor que condujeras tú, sabes que estas gafas me perjudican de noche --dijo.

--Tienes que volver al oftalmólogo, otro problema es la voz alta.

--¿Cómo así? --replicó intrigado.

--¡La voz alta!

--Tú hablas muy alto. Me hieres los oídos. Es posible que te estés quedando sordo. Marca una consulta con el especialista de oído.

Doña Dú observaba todo y permanecía muda como un poste.

Ella cogió las llaves. Él no dijo nada. Lo importante es que Jujú conducía bien y el malentendido sería olvidado en seguida y todo terminaría bien en el clima de fiesta, de la música por la magia del baile.

Jujú conduciendo el coche, él a su lado y detrás doña Dú. Reinaba un extraño silencio. Primero deberían estar todas felices por la fiesta de la tía, segundo, estaban bien acomodadas y sentadas.

“Cuanto más haces, menos te valorizan; mejor dicho, lo haces todo, pero si dejas olvidado algo, se te cae la casa encima. ¿Qué hice errado”? --cavilaba meditabundo. Miraba hacia Jujú que estaba con unos morros de metro.

Aparcó cerca del club. Tenía algún problema, estaba nerviosa. Adelante, atrás, raspaba los neumáticos, pegaba con los tapacubos en la acera. “¡Mierda!, ¿qué pasa?. Esta mujer me va estropear el coche.”

Fuera, en la acera, se oía la orquesta tocando. Gente elegante llegando. Era jueves, baile del club Español. Subieron la escalinata, peldaños y columnas de mármol, amplio atrio se abría para el inmenso salón rodeado de mesas con un palco al fondo, donde la orquesta tocaba mambos. A él le encantaban los mambos!. El salón ya estaba lleno de parejas bailando. Encontraron su mesa reservada. La familia reunida. La tía María feliz. Se sentaron. Él miró hacia ella; Jujú estaba impresionante, él la amaba, no era para menos, todo lo que ella pedía, se lo concedía; La sortija, el fino sobretodo, los viajes... “Pero aquella cara, aquí esta pasando algo raro” ¿Habré hecho algo errado? Procuró acordarse de los últimos sucesos. Nada. “Vamos a dejarlo”, – pensó.

Quería bailar. Sentirla en sus brazos. Quería exhibirse. Las parejas volvían a la pista, las suaves luces azules. Todo romántico.

--¿Vamos a bailar, querida?

--¡No!. Estoy cansada,-vino la respuesta lacónica.

No entendió, ¡”cansada!” ¿De qué? Se quedó triste e inquieto. Los pares bailando, volteando en el salón. Miraba hacia el techo después para el suelo. “¡Cansada”!. Ahora su cerebro martillaba. Sacudía la cabeza. Las voces, la música, la tía María riéndose. Todos felices.

¡Sólo él sentado como una momia!. Pasó el brazo por detrás de la silla para abrazarla , tocar sus hombros con ternura. Jujú se encogió, sintiéndose incomodada.

--¡Cumpleaños feliz, cumpleaños feliz! ¡Muchas felicidades, muchos años de vida!. Apareció el mujeriego marido de doña Dú y toda la parentela en fila andando y cantando por entre las mesas del salón. Parecía que el baile se había parado en el tiempo.

En aquel momento la propia orquesta tocó aquellos conocidos acordes y todos cantaron de nuevo. La tía María emocionada, en un momento de lucidez exclamó:

--“Muchas gracias, me gustaría que mamá estuviese viva. ¡Tendría orgullo de su hija!”

Nadie entendió nada, pero todos aplaudieron cuando ella apagó las velas de la tarta . La alegría y felicidad habían resurgido. Sin embargo duró poco tiempo. Ahora la orquesta atacaba de samba . ¡A él también le gustaba la samba!. Entonces ella se levantó.

“Ahora sí que va a bailar finalmente”, -pensó. Volvió a estar feliz.

--Entonces, ¿bailamos cariño?

--¿Podré ir a la toilette sola y tranquila?- chilló furiosa.

De repente él no oía más la orquesta. Aquel zumbido, el tiempo paró, la cabeza palpitando. Gritó más alto aún y empujando Jujú hacia la pista:

--¡Tú vas a bailar ahora, si no quieres llevar una paliza!, berreaba en su oído.
¡Te voy a dar de porrazos!.

El troglodita prehistórico adormecido se volvió a incorporar en el manso doctor. Resultó el mayor escándalo de que se tuvo noticia en el clube Español. Ella era tan seductora. Él la amaba apasionadamente, pero todo terminó en la fiesta de aniversario de la tía María en el clube Español.

Al abrir la puerta de su apartamento hervía de odio de sí mismo. Había perdido la cabeza. Aquella mujer era capaz de volverle loco a cualquiera, colocar un par de riendas en el morro .y transformarlo en una cabalgadura, listo a someterse a sus caprichos e incapaz de decir “no” a nada. Un verdadero borrego. Sabía que no la olvidaría tan pronto. Encendió un cigarro, conectó la TV, abrió la nevera y sacó una cerveza. Las imágenes de una hora atrás volvían dolorosas.

“Ella me quería amargar la noche, el cumpleaños de la tía y quién sabe terminar todo allí mismo. Lo consiguió. Creo que ella no esperaba mi reacción. Eso es, sí, Jujú se equivocó completamente. Le devolví en doble el desprecio y la humillación. Jamás olvidará el cumpleaños de la tía María. Se levantó y fue hasta la ventana. Estaba en el quinto piso. La abrió. Se sentía culpado. Miraba las luces de la ciudad. Estaba otra vez solitario. Apagó el cigarro, terminó la cerveza y se acostó a dormir. Tendría que volver a empezar.

Cuando amaneció aún no había conseguido dormir y había fumado una cajetilla entera. Tomó una ducha, vistió unas bermudas y bajó para desayunar en el bar del portugués de la esquina.

--¡Hombre!, ¡Qué mal semblante llevas, pareces un difunto ambulante!.

--¡Realmente soy un difunto!. ¡Morí ayer y voy a ser enterrado sin tardanza!.

--¡Anímate “joven”!. El lusitano intentaba levantarle la moral. Realmente era un buen hombre. Sonrió.

--Café con leche y un chusco con mantequilla calentado en la chapa.

--¡Eso es! ¡Así me gusta!

Al volver se sentía más animado. Al fin de cuentas el mundo está lleno de mujeres para dominar los hombres.

La parte revelada de la historia de Fray Diego, del Sudaca y de los demás

Aquel fin de tarde, después de la caminata por la playa, al entrar al edificio, el conserje le entregó la correspondencia. Un paquete. Cuentas, comunidad y una carta. Volvió el sobre para ver el remitente, sorpresa, fray Diego Etxarri de Bilbao, después de mucho tiempo sin noticias, probablemente ¿estaría volviendo al recordar las cañas de Gonzaga?.

Abrió curioso por saber las novedades del amigo fraile.

Era una larga carta donde narraba toda su esperanza por el nuevo proyecto que estaba desarrollando con los jóvenes, su nueva vida con Mercedes. Mucha expectación, pero dejaba sin explicar realmente qué tipo de trabajo desplegaba y qué hacía esa Mercedes en su vida de pastor de almas. Y terminaba:

“Prepara tu maleta y ven a Bilbao. Es una invitación”

Del amigo de siempre,

Dieguito

Él fue más allá, además de preparar la maleta. ¡Vendió todo lo que tenía para emprender un viaje sin vuelta!.

La sala de desembarque del aeropuerto de Sondika estaba llena. Españoles y Vascos habían llegado en aquel avión de línea nacional, y allí con los demás, esperando que la correa de bagajes empezase a rodar, aguardaba su maleta de viaje. Después tendría que dirigirse al departamento de extranjeros y sellar el pasaporte de entrada en el país.

Allí venía ella, en medio de muchas otras en el carrusel de la alfombra mecánica.

La recogió y se dirigió al sector de extranjeros.

--Señor, por favor, su pasaporte.

--Aquí está.

--¿Turista? ¿Para cuánto tiempo? ¿Tiene dirección donde quedará?

--Sí. Tres meses. Tengo amigos en Bilbao.

--*Bienvenido al País Vasco.*

Cuando la puerta electrónica se abrió para la sala de espera, no esperaba reconocer Diego Etxarri después de tantos años.

El tiempo se encarga de cambiar las personas. Es inexorable. El amplio salón estaba lleno, voces, risas, rostros alegres. Él miraba procurando identificar el fraile. Si estuviese de hábito sería fácil. ¡Pero a él no le gustaba el hábito!

Sí. Era él. Sin el hábito marrón. Estaba con una mujer. Le reconoció, pero, ¡estaba cambiado!.

--¡Diego!, --gritó. ¿Qué tal estás?. Le abrazó.

No era el mismo; pelo blanco, delgado, vistiendo camisa de mangas cortas y pantalón claro, sin embargo sus ojos tenían la misma jovialidad de aquellos años de las cañas de Gonzaga, de las charlas interminables y de las ideas de transformar el mundo.

--Cuanto tiempo hace, ¿eh?. Ya se fueron tantos años. ¿Estás malo?. ¿No te parece que este *brasileño está muy malo?* --dijo mirando a la mujer que con él venía.

--*Sí, me parece fatal* --dijo sonriendo. Era una mujer de media edad, simpática, pelo gris claro, vestida elegantemente.

--Esta es Mercedes. Mercedes, este es mi amigo, el mejor *sacamuélas* de Brasil. --Y añadió -¿*Qué te pasa hombre?*

--Bueno, tú sabes, es el huso horario, diez horas de avión para atravesar el Atlántico, después de Madrid a Bilbao no sé cuántas horas más. Fin de cuentas, ¡no dormí nada!.

--Te quejas de vicio, doctor.—Sonrieron y salieron abrazados del aeropuerto hacia el aparcamiento.

--Allí esta mi *coche* --dijo.

Entraron en un Peugeot blanco, de dos puertas, implorando para ser jubilado. Empujó la maleta en el portaequipajes.

Vamos para casa, necesitas un baño y descanso. Marcharon. Diego conduciendo, Mercedes a su lado y el doctor en el asiento trasero. La carretera serpeaba por una montaña hasta divisar los primeros edificios, antiguos astilleros, fábricas, viaductos. Ahora recorriendo las *calles* miraba atentamente las plazas, monumentos, puentes el río y las personas. La ciudad quedaba en un valle rodeado de montañas y cortada por un río maravilloso.

“*Bilbao es como un agujero dentro de otro agujero*” dijo -pero, te aseguro que te va a gustar esta ciudad. Él sabía lo que decía.

Pasaron delante de un palacio el *Ayuntamiento*, la Alcaldía subieron la calle, entraron a la izquierda y pararon delante de un edificio antiguo de tres plantas.

Estaban en *Miraflores*, donde ellos vivían. Se apearon y entraron. Había un pequeño portal para un ascensor en que cabían tres personas y una maleta, nada más. Bajaron en el segundo piso. Mercedes abrió la puerta del apartamento. Entraron. Diego llevó la maleta al cuarto de huéspedes, donde había dos camas. En seguida le enseñó los demás aposentos del modesto, pero cómodo apartamento.

--Ponte a gusto que después vamos a comer y celebrarlo con una copa de Rioja tinto. --Dijo.

Se duchó, cambió de ropa y fue a la cocina donde Mercedes preparaba una sopa caliente.

--¡Sopa de garbanzos! ¿Te gusta?. Es la especialidad de Mercedes.

--¡Me encanta! -- dijo.

Abrió la dispensa de madera rústica y sacó una botella de vino y tres copas de cristal .

--Mira la guardé para brindar tu llegada. Es un auténtico Rioja. --Dijo con los ojos brillantes. Lo abrió con cuidado y llenó las tres copas. Se levantaron.

--¡Bienvenido a Bilbao, amigo!

--Que hayas encontrado aquí, en tu tierra, todo lo que estuviste buscando estos años. ¡Paz y felicidad!

--Bueno, yo deseo que vuestro reencuentro sirva para sellar esta amistad secular. Y ahora vamos a cenar.- Dijo Mercedes.

Fray Diego inclinó la cabeza, ofreció sus manos, que ellos asieron formando una cadena y recitó una oración. En seguida se sentaron a comer.

Mercedes cortaba el pan en pedazos pequeños y los ponía en la sopa caliente. Después lo regaba con aceite. Los hombres seguían su ejemplo. Comían y bebían.

--Sabes Mercedes, me parece un sueño estar aquí con mi amigo después de tantos años. Él es un ser humano de gran valor. ¡Créeme!, -dijo levantando la cabeza , mirando hacia Diego y después hacia Mercedes.

--Ya lo sé. Diego me contó mucho de lo que pasó en su tiempo de metalúrgico.

--Pero tu no conoces aún la parte no revelada de su historia --dijo con aire serio y misterioso. Y como si hubiesen combinado, se echaron a reír todos.

Fumaban. Mercedes aborrecía el tabaco. Conversaban y fumaban.

--Si la parte no revelada es el cigarro, esta ya la conozco --miró al doctor -- ¡Este tío fuma como un carretero!

--Te prometo dejar de fumar si me dejas comprar el piano. ¿Estás de acuerdo?.

--¡Esto es cuento! Tu amigo será testigo de lo que estás prometiendo. ¡Te puedes comprar el maldito piano!

Diego venía insistiendo en comprar un piano eléctrico. Él era un buen pianista. Pero como el piso era pequeño, ella no quería amontonar sus cosas para acomodar el piano.

Allí, en aquel momento fue sellado el célebre acuerdo de cambio. El piano por el cigarro. (Me gustaría adelantar para la curiosidad de algunos, que, meses después del piano haber tomado el lugar de la mesa de estilo moderno, el humo volvió a contaminar la sala de visitas de Mercedes).

Él visitaba algunas parroquias situadas a cuarenta minutos de Bilbao, área rural, donde celebraba misas y participaba de acciones sociales. Había conocido Mercedes en la parroquia, y esperaba que le dieran una definitiva.

--Me dieron tres parroquias- dijo, pero no salí de Bilbao y me quedé aquí, viviendo con Mercedes. A pesar de que en invierno tengo que guiar por carreteras montañosas cubiertas de nieve. Así mismo prefiero estar aquí. Soy feliz --dijo.

--Cuéntame sobre tí doctor. Tu madre, ¿qué tal está?. Ella decía que llevaba alas en los pies. Que volaba, me acuerdo bien.

--¿La Mami?-sintió un apretón en el pecho.

--¡Sí! Ella misma. Le debes mucho a ella. ¿No? Principalmente después de tu separación, antes de aquella Jujú.

--Es verdad. Llegaste a conocerla bien. En los buenos tiempos, si así podemos llamarlos. ¡Ella falleció!

Se hizo un silencio respetuoso.

--Me gustaría de oír cómo ocurrió, se me lo puedes contar.

Conversaron hasta altas horas de la madrugada sobre la Mami...

¡La mariposa Marrón voló!

Un proverbio popular dice “matrimonio es lotería.” Hay mucha sabiduría en esta afirmación, porque, para él la suerte siempre viajó en otro vagón. Segunda separación. Heridas, frustraciones, expectativas no realizadas. Tendría que volver al psicólogo, las sesiones interminables, en fin de nuevo aquel sentimiento de culpa, “mea culpa, mea máxima culpa”, martillaba en su cabeza. Debía ser un destino celestial cobrando deudas seculares. Esta vez

como la anterior, repartir los bienes, o sea la amplia residencia con muchas dependencias, donde aquella familia podía discutir y reñir a sus anchas, pero la solución tampoco había resultado.

Anunció la venta de la propiedad a precio de ocasión. No tardó y apareció un comprador, (sin dinero, ¿sabes?), pero con dos apartamentos para un cambio sin vuelta. Todo concertado. Despedidas tristes y corazones partidos, pero, terminado con el camión de mudanza para cargar las sobras de tantos años de vida casi conyugal.

Poco después estaba viviendo con Mami en el sexto piso de un edificio de apartamentos.

--¿Y ahora Mami? ¿A empezar otra vez?

--Ya sabía que no iba a funcionar. Tú no oyes lo que dice tu madre, estás haciéndote viejo y vas a terminar solo. ¡Oye lo que te digo!

¡Ay madre! ¡Deje de echarme maldiciones! ¡Ya sé que te quieres quedar conmigo! Ella sonreía. --Déjame que cuide de tu ropa y papilla.

--¡La madre sabe! --decía.

En menos de seis meses empezó a quejarse del sexto piso.

“Es muy alto. El barrio está lejos de las amigas jubiladas y de Cici.” Hablaba mucho de Cici. Quería visitar Cici. Él no aguantaba las quejas.

Algún tiempo después surgió una oportunidad de cambiarse para una pequeña casa tipo apartamento, de planta baja, cerca de Cici. Ella podría ir andando. Sí ¡andando!, porque Mami pasó la vida entera andando. Ella decía que volaba.

--Tú no me crees, pero ando tan de prisa, que voy y vuelvo volando.

Podría caminar, ir a donde quisiese. Al dispensario, hacerse exámenes médicos, ella siempre supo cuidarse, e naturalmente visitar su amiga Cici.

Él reformó la casa tipo apartamento, la pintó, compró algunos muebles, otros vinieron con la mudanza. Ahora sí, ella era feliz, podría salir, andar, estaba a corta distancia de los jardines de la playa y de su amiga Cici. Y así sucedió, pasaba horas conversando con Cici. Comía, tomaba el té de la tarde, cenaba y dormía. El día siguiente volvía para casa. Pero un buen día Cici murió súbitamente. Abrió un enorme hueco en su corazón. Sus piernas no eran las mismas. La enfermedad de los huesos le impedía andar. Sufría.

--¡Madre!, te voy a comprar una cachava, ahora tienes que andar y acostumbrarte a apoyarte en la cachava.

--Yo no voy a usar esto, no insistas, no me acostumbraré. Desdeñaba la cachava, era vanidosa.

Cariñosa y nerviosamente intentaba convencerla.

--¡Mami!, tienes que usar la cachava, es para tu bien, y otra cosa, si no andas vas a quedarte trabada y ¡terminarás en una silla de ruedas!

Desde entonces ella pasó a usar la cachava.

--Tienes que salir con el bastón y dar la vuelta a la manzana. ¿Te acuerdas lo que te dijo el médico? “Tienes que andar, andar y andar.”

--¡Ya lo sé, ya lo sé hijo!. Pero resultaba un esfuerzo sobrehumano. Tenía dolores en los huesos deformados por la descalcificación. Cuántas veces la encontraba descansando apoyada en los muros de casas vecinas, siempre con aquella dulce y maternal sonrisa.

--¿Qué tal?, ¿estoy yendo bien?.

--Sí estás, mamá, muy bien. Vamos juntos, apóyate en mí.

Poco tiempo después llegó la silla de ruedas. Entonces llevaba Mami a todos los sitios, a las comidas y a la hora de acostarse.

Bañaba a la Mami. En fin, nunca más la dejó sola. Estaba jubilado, tenía todo el tiempo del mundo para dedicarlo a ella.

Una tarde, dando el baño a la Mami, notó una especie de bulto bajo el brazo izquierdo.

--¿Sientes algo bajo el brazo, Mamí, te duele?, – preguntó.

Ella sacudió la cabeza, pero, una sombra pasó por los ojos de él. Había que llevarla al médico urgentemente. Fueron seis meses o más de sufrimientos intentando destruir aquel maldito cáncer de seno. Radioterapia y quimioterapia.

--¡Maldito cáncer! –decía él. Cargaba la Mami en brazos en aquel lugar lleno de enfermos.

La espera en los bancos de hospitales. Las piernas de ella se le hinchaban. La espera para ser atendidos. Aquel médico arrogante y prepotente.

–Vamos para casa Mami, tienes que descansar. ¡Estamos aquí desde las seis de la mañana y este desgraciado viene diciendo que no es tu médico, y que no puede hacer nada!

El día siguiente telefoneó al médico de radioterapia para una consulta en casa. Cuando el doctor llegó, se encontraba con el corazón en pedazos. Pero era un buen médico. Entró en el cuarto para examinarla. Él se quedó en el salón esperando. El clínico volvió con una fisonomía seria.

--¡Lo siento mucho, pero ella no pasa de esta noche!. Pagó la consulta. Se quedó mudo, se le atragantaron las palabras. Condujo el médico hasta la puerta con lágrimas en los ojos.

No fue aquella noche que la Mami se fue, sino en la siguiente. Él nunca lo olvidará—Mami, ¿cómo estás?, ¿sientes dolor?. Era casi pura piel y hueso y con sus gafas, sí con aquellas gafas que ella dejaba de usar y él guardó para siempre. Las piernas hinchadas, pesadas, muy pesadas, tanto que se tornaba difícil cargarla hacia el baño diario. El cuarto en la penumbra, sólo con la claridad del pasillo. Aquél rostro escuálido todavía conservaba su delicada sonrisa.

--¡No hijo mío!. Qué pena que ya no puedo caminar como antes. Yo volaba. La voz venía baja y la respiración entrecortada. Las lágrimas la anegaban los ojos. No quería que ella lo viese. Se iba a otra habitación. Era tarde, no durmió más. Podía oír la respiración jadeante. El tiempo pasaba interminable. De repente se levantó sobresaltado, no se oía ningún sonido. Siguió por el corto pasillo iluminado hacia el cuarto de baño. El cuarto de la Mami estaba en la penumbra. La puerta abierta, pero él no entró. Tenía miedo. Miró hacia la pared iluminada externa del baño, en lo alto allí estaba, ¡la mariposa marrón!. El corazón oprimido. Entró.

El sufrimiento había terminado. El rostro demacrado. Los cabellos blancos. Los acarició. Retiró las gafas. La dentadura. “Ya no lo va a necesitar más.”

Cuando salió del cuarto la mariposa marrón había desaparecido.

¡La Mami quería volar!

El día siguiente bien temprano estaba de pie para conocer Bilbao.

--Vamos a visitar la Basílica de Begoña.

--Y, ¿es lejos?

--No, podemos ir andando hasta el *Casco Viejo*, es detrás de la iglesia de *San Nicolás*, cogeremos el ascensor.

--¿Cómo, un ascensor?

--Sí. ¿te acuerdas del funicular del Monte Cabran, la abadía Montserrat?. Es igual. Aquí le llamamos de ascensor. Artxanda, donde queda la Basílica, es como una ciudad. Desde allí podemos contemplar todo Bilbao. ¡Vamos!.

Bajaron el *Paseo Volantín* con dirección al *Casco Viejo*. Pasaron por el *Ayuntamiento*, un Palacio de arquitectura clásica, cercado por un jardín, con una escalinata, donde funciona la alcaldía y llegaron al *Arenal*. Allí estaba la secular *San Nicolás*, construida con piedras seculares. En la calle detrás de la iglesia estaba el funicular o ascensor que los llevaría a Artxanda. Pagaron algunas pesetas por el ingreso, y en pocos minutos de una suave subida estaban en la ciudad alta.

--Mira Bilbao. ¿No se parece con tu ciudad?

--Es verdad. Pero no veo las maravillosas playas a lo largo- dijo bromeando

--Bueno, pero puedes ver el maravilloso Nervión serpeando por la ciudad. Empezaron a reír por el desafío de palabras.

--Vamos por aquí, que en seguida encontraremos la Basílica.

Recorrieron algunas calles del altiplano y llegaron a una alameda arbolada de palmeras que se elevaba por largos planos y terminaba en la imponente Basílica, la patrona de Vizcaya.

--¡Ven a ver esta reliquia! Fray Diego llamaba la atención para un cementerio secular.

Realmente allí estaba cercado por rejas de hierro forjado en estilo clásico. Encima, en relieve desgastado por el tiempo inmemorial se podía leer algo como:

“Nosotros que aquí estamos, por ti esperamos”

Cuando bajaron de Artxanda a *Miraflores*, Mercedes les esperaba para la comida. Por la tarde fray Diego iría a sus parroquias, y el doctor a organizar su vida por cuenta propia.

Como en los viejos tiempos la amistad continuaba. El corazón de las personas no cambia fácilmente. Quedó convencido de que Diego Etxarri se había encontrado. Estaba en paz interior. Vivía en su país.

Cuando se despidió les dijo que quería ir hasta el fondo, conocer el alma de la ciudad. Diego le miró.

--¿Sabes que eres un Sudaca?

--¿Un Sudaca?

--Sí, un Sudaca. Pero ¿qué es un Sudaca? –preguntó.

--Cuando vayas al “*Casco Viejo*” encontrarás artistas, poetas, músicos y cantores por todas las esquinas. Son Sudamericanos como tú.

--Entonces, yo soy un Sudaca.

--Eso mismo, eres tú. Y se echaron a reír.

Se Abrazaron fuertemente. Besó la mejilla de Mercedes agradeciendo la hospitalidad.

--Sabes dónde nos encontrar siempre que necesites –dijo ella.

--Adiós. Voy al Albergue Bilbao.

Cargando su maleta bajó hacia el *Paseo Volantín*. Anduvo por las márgenes del *Nervión* hasta el puente del *Ayuntamiento*. “Aquel paisaje ya era bien conocido.” Subió a la derecha por la calle *Argentina* admirando las elegantes y bien vestidas “bilbaínas.” El movimiento era intenso. En la Plaza Circular empezaba la Gran Vía, una de las más elegantes de Bilbao y en frente a la estación de Abando tomaría el autobús para el Albergue Bilbao. “Todo muy fácil.”

Allí estaba. Se apresuró. Había un autobús esperando en la parada.

--¿Pasa por el Albergue?

--sí, puede subir.

--¿Cuánto?

--Ciento cincuenta pesetas. Metió la mano al bolso, sacó las monedas y se las ofreció para que él retirase el valor. ¡*Gracias!*

Se sentó cerca del conductor para preguntarle dónde debía apearse. Pero éste se adelantó y le dijo:

--“Cuando vayamos llegando, te aviso Sudaca.”

“¡Él es muy intuitivo!” Relajó. Esperaba encontrar acomodación en el albergue. La ciudad estaba llena de turistas europeos y jóvenes para el importante Congreso De Derechos Humanos que empezaría el fin de semana en la universidad Miguel de Cervantes. Miró alrededor y notó que mucha gente iba a bajarse. Había muchas mochilas esparcidas.

--¡La próxima parada es el Albergue Bilbao!.-Gritó el conductor.

Esperó que pasasen los apresados jóvenes con sus mochilas coloridas. Cuando se preparaba para bajar tropezó con una mujer que también se estaba apeando.

--¡Perdón! Notó que ella estaba enredada. Bajó antes para ayudarla. Extendió las manos para agarrar la mochila. Ella entendió. Y bajó con facilidad.

--¡Gracias! Discúlpeme la molestia.

--No, no fue ninguna molestia. ¿Te vas a hospedar en el albergue?

--Sí, tengo reserva. Voy a participar del congreso. El albergue se debe llenar hasta los topes.

--¡Esta es una mala noticia! Fíjate; no tengo reserva y no voy a participar del congreso.

--Ven. Tenemos que entrar allí por aquel portón, y después allá adelante es la entrada del edificio. Pero entonces, ¿qué estás haciendo aquí?

--¡Es una historia larga!

Ella se rió interrumpiéndolo. --¡No me acuerdo dónde oí esa frase!

--Espera. --Dijo, --¿Cómo te llamas?

--Amparo.

--Amparo, es verdad. Tal vez podamos hablar mejor los próximos días.

--Será un placer. --Dijo educadamente.

--Tengo un amigo, fray Diego, que vivió en Brasil y me invitó para conocer Bilbao.

--Bueno. Ahora estoy empezando a creerte.

Entraron. En la recepción todos querían ser atendidos. Maletas y mochilas tiradas por el suelo. Jóvenes sentados en la escalera hacia los pisos superiores donde quedaban las habitaciones y cuartos de baño.

Dos recepcionistas para atender toda aquella gente . Se quedaron allí viendo todo el movimiento.

--¡Oigan, por favor!

--Todos son participantes del congreso, ¿no?. ¿Habéis rellenado la tarjeta de ingreso en el albergue?. Ahora ¡atención!. Quien no sea miembro del congreso sólo será atendido a la noche, hasta las nueve, cuando tendremos condiciones

de hospedaje. Los bagajes se pueden quedar en aquella sala a la izquierda. Miró hacia Ampara desconsolado. Ella encogió graciosamente los hombros.

--Volveré a la noche. Tendré tiempo para recorrer la ciudad. Hasta luego Amparo.

--Vale – respondió él sonriendo. Llevó su maleta a la sala de la izquierda y salió otra vez a la calle, frustrado por la falta de suerte. Anduvo hasta la parada del autobús. Quería conocer el centro.

--Señor, permítame una sugerencia, baje en Zabálburu para conocer la Plaza de Toros. Queda a pocas manzanas.-Dijo el chofer adivinando sus intenciones.

--*Gracias*. Entonces, avíseme cuando estemos llegando, por favor.

No tardó mucho. Fue un viaje corto, se volvió y alertó indicando con la mano:

--La Plaza es aquella, sudaca.

Se apeó. Estaba en una bella plaza. "¡Ahora tengo un misterio para descubrir, Sudaca! Cómo el tío este descubrió que soy un sudaca." Decidió caminar por el paseo rodeando el chafariz central. Bajó por una calle y avistó una pequeña fila de gente. "Vamos a ver de qué se trata."

Sopa de Garbanzos

La cola empezaba a alargarse. Todos se arrimaban a la pared de piedra de aquel antiguo edificio de los Franciscanos de Irala, esperando para entrar y tomar la refección del día.

Aproximándose por curiosidad también se arrimó a la pared. Quedó en el último puesto. "Bien, esta fila no es para ver los toros" –pensó. Luego llegó un viejo de cara arrugada y desdentado. Se volvió hacia él y le preguntó:

--Oiga usted, por favor, ¿para qué es esta cola?

El viejo llevó la mano hacia la boca abriéndola y cerrándola significativamente. "Creo que es mudo"

--¡Comer, masticar!- ¿entendió? – dijo.

--¡Ah! Entendí.

Después se aproximó un grupo de africanos seguido de algunos peruanos, colombianos o bolivianos... Cuando miró hacia atrás estaba en medio de una serpiente humana que se arrastraba entrando por la estrecha puerta en dirección al refectorio. Gente vestida con sencillez, hombres de barba crecida y pelo mojado peinados o desgreñados. Viejos andando con dificultad, y algunas mujeres.

El comedor quedaba en la planta baja después de una escalinata. Amplio con mesas rectangulares y bancos de madera rústica. Iban atiborrando el salón, sentándose de frente, lado a lado, componiéndose y acomodándose para completar diez personas en cada mesa.

Allí se quedó esperando. Mirando de un lado a otro. No sabía lo que vendría después. Todos los rostros extraños. A cada lado sentía el contacto apretado de hombros huesudos y olor ácido. En frente el viejo de sonrisa simpática en la boca marchita de cara arrugada. Sobre la mesa panes, de que muchos ya empezaban a arrancar pedazos y comer. Un respetuoso silencio reinaba en todo el salón.

Súbitamente sintió el tiempo parar y la emoción revolviendo su pasado, proyectando imágenes nítidas, como en una película antigua en blanco y negro...

“Ella le sacudió afligida. ¡Despierta, despierta!, tu padre se cayó en el baño. No está nada bien, vete de prisa a llamar una ambulancia.”

Se levantó aturdido, vistió los pantalones que estaban sobre una silla, la camisa zapatos y salió a la calle andando apresado hacia la avenida donde quedaba el dispensario. Era un día lluvioso y frío de noviembre, las luces de las calles de aquel barrio operario todavía estaban encendidas cuando llegó a la clínica.

“Por favor una ambulancia, mi padre está muy mal, se cayó en el cuarto de baño.”

“Tranquilo, mozo. Antes hay que rellenar la hoja de prontuario.”

Mientras respondía a las preguntas, ella iba dactilografiando. Después llamo el chofer y le entregó el papel.

“De prisa, es una remoción urgente, lleva este mozo. Es en su casa.” El conductor y el enfermero subieron a la cabina. Él entró atrás donde estaba la camilla y otros aparatos médicos. Llegaron en pocos minutos. Abrieron la puerta trasera. Salió. Sacaron la camilla y subieron con rapidez la escalera en busca del paciente. Había mucha aflicción.

Vecinos preguntando. Estaba aturdido con las voces y lloros, miraba a las personas pero no las veía. Se acuerda de la voz de la madre gritando:

“¡Vete con tu padre, vete!”, mientras los dos le acompañaban al bajar. La puerta trasera estaba abierta. El enfermero ordeno “Sube tú. Vete con él. Vamos a la Casa de Misericordia.”

Cerraron la puerta con ímpetu.

Miró al padre. Estaba con un viejo pantalón, la camisa abierta, el rostro moreno, delgado, barba sin afeitar, la frente prominente con entradas en el

pelo corto y ceniciento. Los pies pendían fuera de la camilla. Él era alto, del norte y ensacador de café.

Pasó la mano por su rostro. La frente estaba húmeda, la cara helada.

¡Estaba en coma!

La ambulancia lanzada a toda velocidad con la sirena aullando aumentaba su angustia y desesperación.

Le miró el rostro de nuevo. ¡Le faltaba tanto aún para conocerlo! Quisiera haber conversado más, haber sido su amigo. A pesar de tantos dulces recuerdos de infancia, sentía un enorme vacío.

“Él haciéndome masajes en la barriga dolorida, y diciendo algunas palabras para me confortar. Aquello aliviaba, me sentía protegido. Otras veces pasaba de pie encima del camión con otros ensacadores hacia los almacenes haciéndome señas.

Corría detrás gritando --¡Mira!, es mi padre.”

Él hablaba poco. Tenía una risa alta y fuerte. Era un hombre sencillo. Se acordó, cuando pasaba por el pasillo de la vieja casa en la calle Borges, él acostado, leía la “Voz Operaria” oyéndose a sí mismo, para poder entender aquellos difíciles textos sobre socialismo. No tuvo escuela, pero sabía leer y escribir. Era comunista. Cuando la persecución se volvió constante, acabó preso.

Preguntaba por él.

“El padre fue al rancho con unos amigos, -explicaba la madre.”

“Nunca supo que descubrí la verdad, y que años después también leí aquellos textos y pertencí al mismo Partido.”

Se estremeció inquieto y murmurando palabras confusas.

“¡Diga padre! No respondió. Sus piernas empezaron a agitarse. Las aseguro firmemente y digo –Estese quieto padre, ya estamos llegando.”

“Creo que fui muy rudo con él.”

Cuando volví a verle, estaba muerto. Después de ingresado, hubo una epidemia de meningitis en la enfermería donde él estaba. Las visitas fueron prohibidas. Guardaba una fotografía sacada en aquellas vacaciones de invierno donde está el Nene en el carricoche de la cabrita, la madre y el padre. Raro, porque fue la única vez que viajaron juntos. Se estaban divirtiendo. Él con un cigarro en el extremo de la boca, un jersey de frío y la mirada decaída. No lo pasó bien aquel viaje.

Se quitó las gafas y restregó los ojos. Estaban húmedos. Delante de él las imágenes y voces del pasado fueron desvaneciéndose como brumas y materializando aquel rostro arrugado con la boca vacía sonriéndole cariñosamente.

Bien, el caso es que el Sudaca sentía falta, sentía mucha falta de él.

El silencio fue interrumpido por un murmullo general cuando en la puerta lateral surgió un hombre anciano, con una sonrisa santa vestido con un largo hábito marrón y sandalias. Los saludó en alta voz –“¡Hermanos coman en paz!”

A continuación, en fila, entraron señoras y señores vestidos con bata blanca atada en la cintura, dejando delante de cada invitado un plato hondo lleno de sopa, formando un movimiento interminable circulando por entre las mesas, volviendo de donde salían con más sopa... y más sopa llegaba caliente, dejando el ambiente ahumado y perfumado con el aroma de la cocina española que ¡producía más hambre!

“Y ahora ¿qué hago yo?” El viejo desdentado notó que él era un sudaca distinto, o sea, no era un pobre diablo como los demás (¡faltaba poco!). Hizo un movimiento con la cabeza indicando que era hora de comer y sonrió. Él también sonrió. Inclino la cabeza hacia la sopa. Miró. Olió. ¡Era sopa de garbanzos! Le encantaban los garbanzos. Cortó pedazos de pan con las manos, mojó y comió con apetito. Después a cucharadas iba sorbiendo la deliciosa sopa. Levantó la cabeza saliendo de aquel goloso trance. Miró a los ruidos de lados, se oían cucharas raspando platos, de bocas hambrientas sorbiendo el líquido, de movimiento de mandíbulas, de eructos y más eructos en una sinfonía maravillosa celebrando la vida.

Bajó la cabeza y continuó a comer. Repitió el plato. Todos repitieron. Para eso aquellos señores y señoras al percibir que los platos estaban vacíos, se aproximaban prontamente, ahora con un cucharón y una olla, derramaban con cuidado una cantidad en el plato. Pan a destajo.

“¡Cómo el mundo sería diferente si todos los seres humanos tuviesen derecho a un plato de sopa de garbanzos!”-pensó.

Esta vez cuando levantó la cabeza para mirar a las personas, aquellos señores y señoras que servían no estaban más en el salón. Uno por uno los comensales, mujeres y hombres también se iban retirando satisfechos, subiendo la escalinata lentamente en silencio, y volviendo a las calles de donde habían venido.

El viejo de sonrisa simpática de la boca vacía también había desaparecido por la puerta de salida.

Él fue el último a salir. Se levantó tranquilamente, observó todo. No había nadie más en el comedor. Subió la escalera. Salió a la calle y desapareció en la multitud.

Se notó que era la primera vez que participaba del banquete de los excluidos. Estaba bien vestido. Pero no dejaba de ser un sudaca.

“No siempre las personas necesitan hablar para entenderse, sobre todo cuando tienen hambre”, - pensó.

No volvió más. Ni siquiera para conocer la Plaza de Toros.

--Tengo que volver al albergue. A lo mejor ahora ya tienen una plaza para mí.

--Dijo consigo mismo.

Cuando llegó al albergue anocheecía. Completamente tranquilo. Todos estaban en la Universidad Miguel de Cervantes presenciando la abertura del congreso, así no tuvo dificultad para hospedarse. Rellenó la hoja y la entregó en recepción.

--Usted dejó su maleta hoy por la mañana, ¿no? – Está en aquella sala. Aquí están las llaves de la habitación trescientos cinco y del armario. Los ticket de la comida para cuatro días a que tiene derecho y el reglamento del albergue. Sea bienvenido.

“Esta *chica* está con trazas de que comió y no le gustó. ¡No quiere hablar mucho!. Así está mejor – pensó.

Recogió la maleta y subió por el ascensor, que estaba parado en la planta baja. Pulsó el tres. La puerta se abrió y salió por el pasillo en busca del trescientos cinco. Metió la llave y abrió la puerta. El cuarto era todo suyo. Las dos camas estaban vacantes.

“Voy a dormir como los justos, contando con que los garbanzos no me ataquen las tripas”. Colocó la maleta en el armario. Se tiró en la cama y se apagó.

A altas horas de la noche salió corriendo en busca del baño. Estaba con diarrea de garbanzos. Se pasó el resto de la madrugada en el escusado. ”!Pobre destino de un sudaca!”

Se despertó con el intenso movimiento de los jóvenes para el desayuno. Se dio una ducha para curar la resaca de la disentería. Bajó listo para grandes batallas, encontrar Amparo y visitar el Guggenheim. Entró en el comedor. Todos en fila con la bandeja en las manos.

--¡Ola!

--¡Amparo! Espera que voy a coger una taza de café. ¡Quiero hablar contigo!

Se sentó en frente. La miró. Estaba muy guapa con aquel cabello negro y corto que se agitaba acompañando los movimientos de cabeza.

A fin de cuentas, ¿qué quieres a esta hora? –preguntó sonriente.

--¿Vamos al Guggenheim?

La sonrisa desapareció.

--No puedo. Tengo que estar en el Congreso. Hoy es un día importante. Habrá debates sobre la explotación del trabajo infantil en América Latina, con declaraciones y denuncias. Hasta el fin de semana los temas van a calentar las discusiones. Mañana el tema es sobre la prostitución infantil. ¿Sabes que hay redes internacionales aquí en Europa, especializadas en ese tipo de turismo? ¡Incluso por Internet!

--Sí. He leído materias sobre eso. Es muy grave. El combate depende mucho de las denuncias de las ONGs, de UNICEF y de voluntad política de los gobiernos

--Y del éxito del Congreso – concluyó ella.

--Bien, pero el camino hacia el museo y hacia la universidad es el mismo. Podemos ir juntos, ¿qué tal?

--¡Tienes un raciocinio rápido y convincente! Ven, vamos a aprovechar el autobús fletado así podremos ir juntos y conversar.

Terminado el desayuno, ella apañó el gorro de borde rojo enrollado , se lo enterró en la cabeza y salieron.

En realidad era un corto recorrido. Las calles, tan temprano, no estaban con mucho movimiento. En algunos minutos ya estaban estacionando frente a la universidad Miguel de Cervantes. Se apearon todos. La ayudó ofreciéndole la mano. Notó un sutil estremecimiento.

--¡Vamos a ver el Guggenheim en la otra margen!

Ella no retiró la mano. Estaban en el margen izquierdo del *Nerviión* y el museo de arquitectura futurista quedaba en la orilla opuesta.

--Amparo, la programación el sábado a la tarde en la *Plaza Nueva* es muy interesante, a lo mejor...

Ella sonrió y entró mezclándose entre las personas a camino del auditorio para la conferencia y él volvió para atravesar el *Nerviión*. Tardó cerca de quince minutos de una agradable caminata. para ver Degas, Picaso y una retrospectiva de pintoras rusas modernistas mostrando la evolución del neo-primitivismo hasta el constructivismo. De paso un salón sobre la evolución de la motocicleta.

“Dicen que este Guggenheim es el museo de líneas más avanzadas de Europa, como conozco pocos me quedé impresionado con la arquitectura, interiores y acceso a las salas. No es un museo grande e importante por su acervo como El Prado o el Louvre, pero los medios de comunicación y los intereses financieros lo tratan como un museo de moda,(perdonen mi lengua viperina). ¡No me emocioné con el museo Guggenheim!”- decía para sus oídos mientras atravesaba el puente de Calatrava.

Algunos días después, volvió a encontrar Amparo en el comedor del albergue. Llevaban las bandejas de comida. Ella estaba delante y no le había visto. Cogió los cubiertos, pan, ensalada, un vaso de naranjada y el postre.

--¿*Vamos a hacer una componenda?*- dijo la camarera a Amparo.

--¿*Qué componenda?* Preguntó ella sonriendo.

La sirvienta miró hacia él.

--*Creo que están juntos. Así los dos podrán comer de esta tortilla de patatas. Es la última.*

--Estamos juntos, ¿no?

Ella se volvió para saber de quién era la voz. -¡Tú, eh! Sonrieron y se sentaron a comer *Tortilla de Patatas* en la misma mesa. Se quedó algo constreñido. Prefería estar solo comiendo y rumiando sus ideas. Pero muy pronto retomaron el clima del primer encuentro. Ella ya estaba participando del Congreso de Derechos Humanos. Había sido invitada por ser dirigente del Centro de Derechos Humanos de Santiago y profesora de Historia. Comieron y después fueron a la sala de televisión donde podían fumar y continuar departiendo. Ella comentó las denuncias que había presentado en el congreso. Pruebas, fotos de trabajo infantil forzado y prostitución de niñas en varias localidades.

--Después de este congreso la Amnistía Internacional sin duda convocará los medios informativos del mundo para una declaración y la opinión pública tomará conocimiento. ¡Hay que denunciar todo!

Hablaban ahora del cine engarzado, cine de arte. De la producción cinematográfica latinoamericana y del cinema en Cuba. Los dos tenían empatía y muchas cosas en común para conversar. En aquel momento llegó el conserje de la noche anunciando que era hora de recogerse a las habitaciones. El albergue tenía una disciplina de horarios. En un edificio de cinco plantas lleno de jóvenes, no podía ser distinto. Cada cuarto era ocupado por cuatro o seis mozos de acuerdo a las vacantes que no pasaban de cuatro días de permanencia como máximo. Ante la insistencia del celador, se despidieron y citaron para encontrarse el día siguiente en la *Plaza Nueva*.

Charla en la Plaza Nueva

Atardecía, cuando después de visitar a fray Diego en *Miraflores*, atravesó la avenida hacia el *Paseo Volantín* a orillas del *Nervión*. Madres con sus bebés, niños corriendo y saltando en algarabía, ancianos de traje y boina negra con sus cachavas, ancianas bien vestidas sentadas en los bancos a lo largo del río. Pasó por el *Arenal* enfrente al teatro *Arriaga* hacia el otro lado de la gran plaza para entrar por una de las *siete calles* del *Casco Viejo*. Amparo le esperaba en la entrada sur de la *Plaza Nueva*.

La ciudad se preparaba para la *Fiesta del Zorionak*, celebrando los setecientos años de su fundación por Don Diego López de Haro.

Casetas de comidas típicas, tablados de teatros ambulantes y circos de títeres para los niños. En el quiosco central algunos hombres probaban equipos de sonido. Allí habría espectáculos de danzas y música presentadas por grupos populares vascos. Una pancarta afirmaba que vendrían artistas de toda Europa. Cuando entró en el *Casco Viejo*, observó un tumulto de jóvenes que corrían por las estrechas calles perseguidos por guardias civiles. Las paredes pintadas “*Gora Euskal Herria*”. Eran militantes de ETA.

Se quedó preocupado. Distinguió en la entrada sur de la *Plaza Nueva* una aglomeración de personas intentando impedir que la policía esposase un joven punk. Se aproximó. El joven vestía ropas góticas, pendientes, tatuajes en los brazos y un mechón de pelo rojo en lo alto de la cabeza. Las personas discutían con los guardias argumentando que estaban en fiestas. Una señora exaltada gritaba “*¡Déjenlo, este chico no es de ETA, pertenece a un grupo de artistas góticos!*” Después de muchos dimes y diretes, empujones y estrujones, la policía soltó el joven a regañadientes.

La aglomeración se deshizo tras entonar el *Eusko Gudariak*. La vida en la *Plaza Nueva* volvió a su normalidad. Exposiciones de libros antiguos, sellos, monedas, discos viejos. Artesanos exponiendo sus trabajos en metal. Africanos exhibiendo esculturas de madera oscura. ¡Se vendían hasta pájaros! Por arte de magia, la plaza volvía a la Edad Media.

Él procuraba Amparo. Alta con el pelo negro y corto, y con aquel gorro de borde rojo enrollado, no sería tan difícil encontrarla en medio del gentío. Miró a todos los lados, hacia el soportal donde quedaban tiendas y cafeterías con sus mesitas, y hacia el atrio de la plaza. ¡Ah! Allí estaba.

--¡Ola!-gritó ella.

--¡Ola! –respondió él, andando en su dirección. Le esperaba apoyada en una de las columnas del largo soportal rectangular de la plaza.

--¿Qué tal estás? ¿Viste la anarquía? –preguntó.

--Sí. Bueno, esto es común. Tú sabes que esta lucha sólo terminara con la independencia política y económica. La cultura de este pueblo por la libertad tiene más de dos mil años. Tiene derecho a un Estado independiente.

--Estoy de acuerdo. --Dijo. - ¿Vamos a sentarnos en aquella mesita, tomar un vino y continuar la charla?

--¿Es una invitación? --dijo sonriendo.

--Sí. ¿Vamos? Se sentaron frente a frente. El camarero se acercó.

--¿Qué desean?

--Dos copas de blanco, por favor.

Notaron la presencia de alguien que se había acercado y estaba de pie a su lado. Levantaron los ojos casi al mismo tiempo. Él les sonreía.

--¡Aguri!- Exclamó ella.- Por poco no te echan mano. Era el joven punk en carne y hueso ante ellos. Lo presentó.

--Encantado. Te escapaste por poco,-dijo.

Ampara y Aguri habían participado juntos en el Congreso de Derechos Humanos. Él era militante de ETA. No un artista punk, mucho menos gótico. Estaba disfrazado y mezclado con el pueblo y logró escapar. Con una amplia sonrisa dijo:

--El pueblo Vasco y ETA son *lo mismo*. Estamos con la Izquierda Abertzale y Batasuna abogando una solución de diálogo, basada en el reconocimiento y ejercicio del Derecho de Autodeterminación de nuestro pueblo. Queremos democracia y derechos para Euskal Herria y Madrid no quiere eso.

--Bueno, después de este inflamado pronunciamiento político, júntate a nosotros --dijo Amparo con entusiasmo.

Agurí acercó una silla de la mesa cercana.

Su figura exótica atraía la atención de todos.

Estaban bebiendo, fumando y conversando animadamente mientras la *Plaza Mayor* "hervía".

Aguri le miró atentamente y comentó:

--Habla un poco de ti.

Bueno, Aguri. Resulta que tengo un amigo en Bilbao, por eso estoy aquí. Él dice que soy un Sudaca. Vosotros sabéis lo que es un sudaca, ¿no?

--Claro que sabemos. -Respondió Amparo.-Aquí encuentras sudacas por todas partes. Aguri reía.

--Esta es la triste realidad de los jóvenes artistas excluidos llegados de Latinoamérica; están aquí todos intentando ganar una s pesetas. Son músicos, artesanos, pintores. Pero, ¿tú no eres artista?

--No, voy a escribir un libro. Tal vez sobre Bilbao. La ciudad me encantó.

--No te será fácil encontrar un editor dispuesto a invertir en un iniciante en literatura. Ellos sólo publican obras de los notables. Pero, tengo algunos

contactos con editores del bajo fondo, son pocos, pero están siempre atentos a los nuevos talentos.

--¡Mira mis ojos!, ya estoy empezando a interesarme. Incluso porque el dinero se me está acabando, y tengo que trabajar para ganar algunas pesetas si quiero vivir aquí.

--Voy a ser franco. Tú eres de izquierda, ¿no?- Preguntó Aguri mirando fijamente al Sudaca.

--¿Cómo lo sabes?

--Tenía que ser. Involucrado con Amparo. Ella es una encantadora comunista.- Ambos se rieron con Aguri.

--Para la izquierda, las luchas por las reformas de base empezaron antes del golpe de estado militar del sesenta y cuatro. Pagamos un precio alto en vidas, además de un notable retroceso cultural, democrático y económico. Ahora estamos intentando recuperar el tiempo perdido ejerciendo el derecho democrático de votar. Ya llegamos hasta interdecir un presidente. En la última elección, un intelectual, simpático a la causa de la globalización fue el vencedor. ¿Quién sabe si algún día la izquierda llega a elegir un presidente?

--Sí, es posible. La izquierda está avanzando mediante el voto popular.

--La participación de la juventud de cara pintada en el entredicho de tu país, fue saludada por los jóvenes de aquí. Sin embargo los beneficios de la globalización neoliberal sólo han servido a los ricos y al primer mundo. De todos modos la izquierda en América Latina tiene una agenda democrática en la distribución de renta, en la educación, sanidad y reforma agraria. Amparo sabe todo eso. ¿No?- Comentó Aguri.

--Sí. Mi madre estaba esperándome, cuando mi padre, y miles de demócratas fueron apresados y muertos en el estadio Nacional de Santiago. Nuestro pueblo ha sido incansable en su lucha por la democracia. Hemos conseguido avances, ¡pero no es bastante! Aguri tiene razón. –Comentó.

--En los años de dictadura, ¿tú no te alistaste en la lucha armada? -Le inquirió Amparo.

--No. Para el Partido, la estrategia de lucha por la democracia no era el combate armado. ¡Todos perdimos! Pero al fin, la dictadura ¡fue la gran derrotada!

--¿Y qué no decir de los hermanos argentinos? De las madres de la Plaza de Mayo. ¡Ay! No llores por mí Argentina... poetizó Aguri con emoción.

Quedaron en silencio algunos instantes. Los ojos del vasco brillaban. Sudaca retomó la conversación:

--Como tú mismo reiteraste hoy la izquierda participa del proceso electoral en muchos países de América Latina, con posibilidad de vencer debido al agotamiento de las políticas. neoliberales, que no atienden al pueblo. Creo que

algún día tendremos un metalúrgico en la presidencia de la república. ¡Dios es grande! –concluyó.

--¿Cómo así? –Preguntó Amparo.

--En la próxima elección apoyaremos un candidato contemporáneo del metalúrgico Diego Etxarri, fray Diego, tú sabes.

--¡No me digas! Cualquier noche de estas nos vamos a reunir con fray Diego para que nos cuente su paso por el movimiento operario. Ese fraile tiene mucha historia para contar. ¿No es Aguri?

--Bueno, yo ya lo conozco. Es muy interesante. Le debes oír. Pero permíteme terminar mi raciocinio. Aquí nosotros no tenemos una república. Tenemos una monarquía parlamentaria. En la guerra civil española, ya sabes, con la ayuda de las Brigadas Internacionales mantuvimos por algún tiempo un régimen republicano, pero fuimos derrotados por los fascistas y, Guernika quedará para siempre en la memoria de todos los revolucionarios como la ciudad mártir de la lucha por la libertad.

--Diego me llevó a visitar Guernika. ¡Me emocionó muchísimo estar en aquella ciudad histórica! –Intervino Sudaca.

--Ya sabes. Pablo Picaso la inmortalizó.

--Y, ¿cómo surgió ETA? –Preguntó Ampara.

--Los patriotas vascos venían luchando por la independencia desde la dictadura Franquista, pero desde mil novecientos cincuenta y nueve cuando el partido nacionalista vasco se dividió, lidiamos en dos frentes, la lucha legal parlamentaria y el combate armado con “Euskadi ta Azkatuta” –explicó Aguri, y continuó con su buen humor:

--Entonces, gracias a Dios, ¡eres un viejo comunista! – al tiempo que reía a carcajadas.

--¿Qué tal si llenamos las copas? ¡Camarero! –llamó gesticulando con el brazo.

--Quiero dedicarte un brindis Sudaca, ¡que consigas escribir tu libro, para vivir como escritor! A Amparo por el éxito de las denuncias contra la prostitución infantil y a nosotros bilbaínos por las fiestas del Zorionak Bilbao, -dijo Aguri. Levantamos las copas. –“¡Gora Euskal Herria!” – Exclamó.

--“¡Gora!” –Gritaron en coro Amparo y Sudaca.

--Háblanos sobre el libro. –Expuso Amparo con interés.

--¡Mirad! Mi imaginación está poblada de fantasmas que desean un espacio para vivir sus vidas. Ellos quieren hablar y amar en esta ciudad. Tengo que sacarlos de mi cabeza para páginas en blanco. De este modo el primer paso, es encontrar un lugar especial, con buenos efluvios para articular las ideas y escribir. El albergue es ideal, pero después de cuatro días ¡tengo que levantar el campamento como un gitano!

--¡Como un gitano no, como un sudaca! ¡Oye!, tú tienes que vivir en el Casco. ¡Aquí hay una magia secular, capaz de inspirar a cualquier poeta para libertar sus fantasmas!

_ “*Ven hacia el Casco una tremenda noche de estas.
Camina sobre las piedras seculares de las estrechas calles,
en cada esquina de un caserío un rostro al acecho
o quién sabe la doncella vista en el balcón
es la bruma pálida del silencioso Nervión que te confunde los ojos*”

Aguri se levantó e inclinándose hizo una reverencia de hidalgo medieval.

--Me tengo que marchar. ¡Todavía nos encontraremos por las esquinas de la vida! –dijo.

Ella y Sudaca permanecieron durante algún tiempo envueltos por la poesía de Aguri, mientras él desaparecía bamboleando el penacho rojo entre la agitación festiva de la *Plaza Nueva*. Hablando sobre Aguri llegaron a la conclusión de que disfrazado de punk y recitando poesías, ¡era impresionante!

Amparo se tenía que ir el día siguiente a Francia. Quería aprovechar los días que le restaban para conocer París, ya que el Congreso había terminado.

--París te va a hechizar. Pasea por las márgenes del Sena. Visita los museos, sírrete siempre del metro –le dijo.

Salieron de la *Plaza Nueva*. Atravesaron el *Arenal*. Ya había anochecido. Bilbao estaba toda iluminada. Una banda tocaba en el kiosco. Cientos de personas en las calles para el comienzo de las *Fiestas*. La llevó hasta la parada del autobús. Quedaron mirándose. A él le pareció ver lágrimas. Ella subió al circular iluminado y se sentó a la ventanilla. Gesticuló cuando el autobús se iba. Él continuó su camino hacia el *Paseo Volantín*,

a orillas del Nervión. Todo estaba tranquilo. Soplaba una fría brisa. Se sentó en un banco. Unas lágrimas furtivas embargaban las gafas. Se las quitó. Limpió las lentes.

“A mi edad un hombre se emociona fácilmente”

El maestro chino y el saltamontes

Unos días después, andaba por la Gran Vía mirando los escaparates de las tiendas famosas de Europa y las bilbaínas, se detuvo en el Kiosco de periódicos para ver los títulos.

--¿Viendo las noticias o revistas eróticas? Se volvió, era Aguri.

--¡*Hombre!* Le arrastró hacia un lado. -¿Qué estas maquinando? –le dijo sonriente.

--Nada, nada. Como puedes ver, hoy soy un ciudadano respetable. Ven, vamos a tomar un “cortado”, y después oiremos un maestro chino socrático en el “*Casco*”. Entraron abrazados en la cafetería de la *Plaza Circular*. ¿Y Amparo?

--Amparo está en París aprovechando los últimos días en Europa. Probablemente visitando museos, iglesias, Versalles. Después vuelve a Chile.

--Ella dejó la dirección en Santiago. ¿Te interesa saberla?- dijo con su sonrisa maliciosa.

--Claro. Ya sé que no eres egoísta.

Aguri abrió la cartera. Sacó dinero para pagar la cuenta y una tarjeta de Amparo. ¡Pidió que te lo entregase! – y afirmó- Sabes Sudaca, ¡eres un tío de suerte!

--¡Grande suerte! Ella se va a París y tú me das la dirección en Santiago.

--Bueno, ya es un consuelo. ¿No es? ¿Vamos al *Casco Viejo*?

--Vamos Pero háblame de este maestro chino.

--El maestro es una especie de guía para los jóvenes. Es un chino anciano y ciego. Nadie sabe cuando llegó al Casco y mucho menos su edad. Dicen que es secular y ya se convirtió en leyenda. Vive en un sótano cerca de *Santos Juanes*. Al anochecer camina con su báculo hasta la plaza para meditar y filosofar con los jóvenes.

--De aquí al Casco, es lejos, ¿no?

--Vamos en el Metro. Allí al otro lado y nos apeamos en la Estación *Casco Viejo*. Así conocerás el más moderno de Europa – argumentó sonriente.

--¡No tienes solución! – Atravesaron la calle. Entraron por la escalera del Metro. Bajaron hasta el andén de embarque. En pocos segundos llegó el tren deslizándose suavemente. De líneas modernas, todo muy limpio, sin ser acogedor. Subieron. Realmente, el interior del tren también impresionaba.

--Si no me equivoco estamos pasando por debajo del *Nervión*, -dijo.

--Exactamente. ¡Mira ya estamos llegando!

Se apearon. Salieron a la calle y notaron el movimiento de jóvenes alrededor de una fuente o bebedero. Se acercaron y allí estaba el Maestro.

Aguri indicó que llegasen más cerca y se sentaran en el suelo. Pidiendo permiso consiguieron colocarse en frente del Maestro. Él hablaba pausadamente. Vestido rústicamente, con una especie de camión, sentado

sobre las piernas cruzadas. Cabellos blancos y largos y barba escasa. Su rostro recordaba una ciruela amarilla seca, con dos ojos oblongos y con un color azulado alrededor, semejantes a ojos que empezaban a quedarse ciegos por cataratas (recordaba Sam Shepard).

Aquel chino secular no parecía ser de este mundo.

--La imaginación es más importante que el conocimiento.

Paró un momento. La audiencia permaneció en silencio.

--¡Esta frase es de mi amigo A. Einstein! Se escuchó un murmullo general de sorpresa – y continuó:

--Solamente el hombre tiene imaginación. Es una propiedad del cerebro que viene evolucionando con él mismo, por millones de años. Aún antes de producir las primeras herramientas de piedra labrada, en verdad una obra de arte, ya utilizaba este poder visionario que es la imaginación. Por ella y con ella criamos aquellas primeras herramientas, y todas las que hoy y en el futuro transformarán el hombre de esclavo en señor. La imaginación dio al hombre el poder de trascender a su propia naturaleza. Todo lo que es imaginado será posible convertirse en realidad. Veamos – La imaginación es el producto del cerebro humano que hace parte del

hombre, que es producto de la naturaleza, que hace parte de la materia cósmica, que compone el universo.

Aguri le dio un empujón con el codo y murmuró – habla con él, Sudaca, pregúntale.

--Maestro, ¿la imaginación también puede llamarse de inspiración?

El guía balanceó la cabeza –Sí, Saltamontes – la puedes llamar de inspiración.

--Maestro, yo no soy saltamontes, soy un sudaca – replicó.

Él pensó un instante. --¡*Hombre*, óyeme! Un saltamontes y un sudaca no se diferencian, ¡son eternos solitarios!

Sus ojos se empañaron. El chino extendió la mano sobre su cabeza.

--Maestro, para escribir un libro ¿es necesario la inspiración?

--¡Sí, Saltamontes! Si entendí bien Saltamontes ¿quieres hablar sobre obras de arte?

--Sí maestro. De obras de arte.

--Todo lo que el hombre crea con sus manos es obra de arte.

El maestro se inclinó y agarró el cayado.

--Ves este pedazo de árbol. Es arte, lleva incorporado un trabajo. Fue creado por un hombre usando la imaginación. Sin imaginación el hombre no produce nada. No ganaría la condición de hombre.

--Maestro – ¿parece muy sencillo criar una obra de arte?.

--Saltamontes, ¿es fácil parir un hijo? Acuérdate de cuántos meses estuviste en proceso de fina escultura, organización y estructura en el vientre de tu madre. Acuérdate del sufrimiento y de los dolores, despegar los pulmones y respirar. La primera luz que hirió tus ojos y te dio la visión. No, Saltamontes. La creación de la obra de arte es como parir un hijo. Exige sufrimiento. No es sencillo.

--Continúe maestro.

Aguri miraba asombrado.

--La imaginación prepara la obra de arte en tu cerebro. En tu cabeza, ¿entiendes? Puede durar meses en gestación. Parir, Saltamontes, quiere decir sacar afuera. Es transformar aquello que sólo tu sientes, en arte. Lo vas a arrancar de tu alma Habrá dolor.

--Maestro, ¡yo necesito hacer algo! La imaginación me viene atormentando con voces, fantasmas.

El Maestro sonrió y dijo: --Así es como empieza todo.

--Saltamontes, -dijo él - ¡tú estás preñado!

Aguri se estremecía, miraba hacia Sudaca y balanceaba la cabeza.

--Preñado de imaginación. Si oyes voces, son tus fantasmas. Pero tú los conocerás uno por uno. De madrugada ellos empiezan la charla hasta los primeros rayos del sol. Tú estás despierto y ellos conversando. Cambia de un lado a otro. Mira hacia arriba. Levántate para beber agua, después para orinar. No importa. Nada más echarte empiezan aquella conversación interminable. A veces piensas que se fueron. Entonces el tictac del reloj que aumenta hasta volverse insoportable o el sonido de la “música de los ángeles”, aquellos tubos de metal colgados en el balcón.

También oyes el ronquido de tu mujer. Pero de repente, como por encanto ellos vuelven a conversar dentro de tu cabeza. Ellos vienen del pasado. De la infancia o de la adolescencia. De los diez años o de ayer.

--Maestro, ¿este tormento no es más que insomnio!- afirmó él.

--Sí Saltamontes es insomnio.

--Maestro. Si la imaginación no se transforma en arte ¿qué ocurre?

--¡Buena pregunta, Saltamontes! Probablemente llegará la demencia. La poderosa fuerza de la imaginación, razón misma de la evolución humana provocará una convulsión cerebral. Es la locura.

Aguri pasaba las manos, rascaba y balanceaba la cabeza.

--Bueno, Maestro ahora sólo me queda una pregunta.

--¡Diga, Saltamontes!

--¿Qué hay que hacer para libertar la imaginación. Volverla Arte?

--Es fácil, Saltamontes. Escribir. Pintar. Dibujar. Y todo lo demás que sea posible hacer con las manos, es forma de libertar la imaginación transformándola en Arte.

__Entendí Maestro. Gracias. --Se levantó y tiró de Aguri que estaba en estado de catástasis, pasmado.

--Saltamontes, ¡sigue tu camino de sudaca! Juntó las manos abiertas junto al rostro, e inclinó la cabeza en reverencia.

--¡Creo que tú y el Maestro habéis vivido en otra encarnación! ¡Esa historia de insomnio! ¿No duermes más Sudaca? El Maestro tiene razón. Si estás con la cabeza preñada trata de echar esos bichos para fuera. Escribe un libro, pinta un cuadro, sino ¡vas a terminar aquí en el Casco hablando con las piedras centenarias! Y yo tengo la culpa de haberte traído hasta aquí.- Dijo Aguri riendo, meneando la cabeza y marchando a su lado hacia la *Plaza Nueva*.

--Me gustó el Maestro. Insomnio tengo hace mucho tiempo. Él tiene razón, tengo que hacer algo. ¡Mi cabeza está llena de fantasmas!

--Me parece que tu problema es Amparo. Vamos hasta la tienda de un artífice de cultura popular. No hay como un artista para ver si te mejoras de la cabeza. Dijo Aguri y continuó --Sólo que antes voy a tratar de un asunto de la organización. Después hablas sobre tu neurastenia. ¿Vale?

--Perfectamente. --Entraron en la *Plaza Nueva*. Estaba todo tranquilo. Algunos niños corriendo detrás de no se sabe qué. Ancianos de boina charlando y turistas bebiendo y degustando *pinchos* en las mesas al aire libre. Caminaron por el soportal donde quedaban las tiendas.

--Es allí. --Exclamó apuntando hacia una puerta con una placa encima escrita en Euskera y en Español ARTESANÍA. En el escaparate figuras talladas en madera. Viejos con boina y cachava, leñadores cortando troncos con hachas. Jugadores de pelota vasca, y una infinidad de muñecos y banderines.

--¡Ola, Garay! ¿Qué tal estás? ¿Trajiste el material? --preguntó Aguri.

--¿Quién es este?-inquirió secamente el joven, mirándole.

--Es de confianza. Amigo de Diego Etxarri.

Abrió una sonrisa.

--¡Ola! ¿Qué tal Bilbao? -- Sin esperar respuesta llamó Aguri hacia el interior de la tienda.

--Perdona, no tardamos nada. Haz el favor de echar una ojeada a la tienda. --Se quedó mirando otras piezas. El trabajo de escultura en madera era muy interesante. Había también raíces secas trabajadas y barnizadas en formas de águilas, lechuzas, figuras extrañas o modernas. Garay era un buen artista. Le despertó un gran interés poder conversar con un artesano. Quería cambiar ideas sobre las inquietudes que le pasaban por la cabeza. Garay, como escultor

tendría una experiencia rica del proceso de transformar la imaginación en obra de arte. –Pensó.

Los dos se quedaron conversando más de una hora. No se oían las voces, solamente murmullos como si estuviesen cuchicheando. Intentó asomar la cabeza por la entrada del pequeño pasillo para oír algo, cuando ellos volvían con cierta inquietud.

--!Porrás! Como tardasteis. ¡Esta ansioso para conversar!...-dijo.

--¡No puede ser! –dijo Aguri. Tenemos que llevar el material de propaganda a nuestro personal en San Sebastián.

Intentó discutir sobre la figura de un leñador cargando un madero.

--¡Perdón! Esta figura no es un leñador. Es un atleta –y volviéndose hacia Aguri:

--¡Vamos. No podemos perder más tiempo! Tengo que cerrar la tienda.

Salieron a la arcada Garay cerró la puerta de cristal a llave y se dirigieron hacia la salida llevando grandes paquetes en las manos. Aguri se volvió. “Todavía nos veremos.”

E quedó parado delante de la tienda de Garay pensando en el arte popular vasco y en la ETA. Decidió:

--¡Me tomaré una buena caña helada!

Se sentó a una de las mesas al aire libre. Mientras se refrescaba se acordaba de Amparo la semana de *fiestas* sentados allí en la plaza.

“Debería haberse arriesgado más. Le podría salir mal y se llevaría otra desilusión. Era un apasionado”.

“Al fin de cuentas ella debe estar en Santiago de Chile”

Tomó cervezas hasta el anochecer. Llamó el camarero. Pagó la cuenta y se levantó. Se dio cuenta que iba a ser difícil andar derecho. Sentó de nuevo.

“Mientras no se me pase la borrachera no me muevo de aquí” –pensó. El camarero volvió para saber si quería otra caña. Le agradeció y dijo que no se estaba sintiendo bien.

--Me haces el favor, ¿dónde es el baño?

--Entre por aquella puerta. Queda al fondo. - Y, y apuntó en dirección del bar. Se levantó y asegurándose en las sillas caminaba claudicante. Entró bar adentro pasando por medio de las personas que bebían o conversaban.

Se detuvo delante de dos puertas cerradas. “Voy a probar esta”. La abrió y entró. Se tropezó de cara con el cocinero. Este sonrió y dijo:

–Manolo está ensayando el papel en el piso superior.

--¡Algo no está de acuerdo! –concluyó.

--¡Oiga, por favor, estoy buscando el servicio!

--¡Ah! Vuelva por el mismo camino. Es a la izquierda. Regresó y no encontró el dichoso escusado.

¡Orinó en el bidón de la basura! Salió aliviado. Pasó por medio de aquel torbellino de voces, tropezando en todo y en todos. Se sentó de nuevo y el camarero:

--¿Encontró el baño?

--Encontré. –Respondió.

“Bueno, ahora voy a esperar hasta que el Manolo ese aparezca”. Se cansó y desistió. Se dirigió hacia la *Plaza Circular*. Tomó el autobús para el albergue. Hay momentos en que un hombre se siente deprimido. Aquel era el suyo. Tal vez fuesen los acontecimientos de aquella tarde o las palabras del viejo chino, pero, también podía haber sido el exceso de cerveza o el orinar en contenedor de basura. No sabría decir. Al entrar en el albergue se encaminó directo a la escalera. Abrió la puerta de su habitación y se tiró a la cama como fardo borracho.

Despertó con el ruido de maletas empujadas por el cuarto por bulliciosos nuevos huéspedes. Era su último día en la posada. Tendría que empezar vida nueva. “*¡Bajar maletas!*”

--¡Ola! –dijo.

--¡Good morning!

Se levantó. Tenía que vestirse, arreglar rápidamente sus ropas en la maleta y correr para no perder la verdadera refección, el desayuno.

Dejó los nuevos ocupantes entretenidos en deshacer las maletas y bajó. Comió para el día entero. “¡Nunca se sabe el día de mañana!”

Una hora más tarde estaba en la calle. Las mañanas ya eran frescas, empezando a calentar sólo hacia las diez, cuando calculaba estar llegando a *Kastrexana*.

Kastrexana o durmiendo con los Ángeles

Como de costumbre, cuando se apeó en la Plaza Circular con su maleta fue a tomar su “*cortadito*” en la grande y antigua cafetería de la esquina.

--¡Ola! ¿Qué tal? Un *cortado*, por favor.

--¡Muy bien! ¿Vas de viaje? Parece que tu amigo está en apuros.

--¿Qué amigo? –preguntó sorprendido y asustado.

--Aquel que estuvo aquí ayer tomando café con usted. La foto de él salió en *El País*.

Pago y fue directo al kiosco de la esquina. Había una aglomeración de personas leyendo los titulares. Sí, era él. Estaba esposado. Había sido capturado por una patrulla militar que mantenía una barrera en la carretera Bilbao-Donostia con material de propaganda de ETA. El coche apresado era robado y dos activistas habían logrado huir, desapareciendo en los bosques.

“Bueno, uno era el mal educado de Garay y el otro, ¿quién sería?”

Atravesó la avenida en dirección a la estación de Abando, compró tabaco (estaba angustiado). Atravesó el gran salón lleno de viajeros. Bajó la escalera del otro lado y entró en la estación de FEV.

“Me parece que esta vez Aguri no se escapa. – dijo consigo mismo.

Encendió un cigarro, subió la escalera y se sentó a esperar el tren.

Por su mente pasaban las escenas ocurridas en la tienda de artesanía de la *Plaza Nueva*.

--No le veré más. –Pensó.

Bien, tenía que acostumbrarse a cargar sus cosas como un gitano, mejor dicho, como un sudaca.

El tren se llenaba, sólo en horas punta con gente que trabajaba en el comercio y vivía en las cercanías de la ciudad. Por eso estaba tranquilo. Se oía a penas una canción popular en los altavoces.

Serían veinte minutos de viaje. Tendría tiempo para descansar, apreciar el relieve montañoso rural oeste, las pequeñas aldeas, poner en orden sus ideas.

Después un rincón para dormir.

Su habitación durante una semana sería la sacristía de una iglesia centenaria.

Tal vez la única de Kastrexana. La melodía fue interrumpida por una voz anunciando la llegada del tren. Se levantó. El convoy se acercaba lentamente.

Elegió un vagón. Subió y se sentó junto a una ventanilla. A los pocos momentos el tren fue dejando la estación lentamente. La velocidad iba aumentando. Era moderno, con asientos sencillos, pero cómodos y todo muy limpio.

Se acordó de la llave. Sí, la llave para entrar en la iglesia. Sacó su maleta del portaequipajes y procuró en el compartimiento cerrado con cremallera. Allí estaba. La retiró y devolvió la maleta a su lugar. “Es una bonita llave para una puerta nada pequeña” –pensó sonriendo.

Sus pensamientos fueron interrumpidos por la voz dentro del vagón que anunciaba.

Próxima parada Ametzola..., Basurto..., Zorrotza.

--“¡La solución es la iglesia! Vas a dormir en *Kastrexana*. No es lejos de Bilbao. Nadie te va a incomodar. No te gastarás una peseta y dormirás con los santos”, decía fray Diego Etxarri solucionando de inmediato el problema de

hospedaje, cuando le contó que tenía que dejar el albergue después de cuatro días.

--No puedo quedarme ni un día más, está escrito en el contrato. --Añadió Sudaca.

--Durante una semana puedes quedarte allí. Sólo una semana, porque estaré atendiendo otra parroquia.

--¿Está bien? --dijo.

--Es todo lo que necesito.

--Voy a preparar una colchoneta, mantas y dejar en el rincón de la sacristía, detrás del altar. Allí tengo muchas cosas personales, libros, herramientas, instrumentos de restauración y pintura. Todos los cuadros del *vía crucis* de Cristo en las paredes de la iglesia, ¡fuimos Mercedes y yo quienes los restauramos! --afirmó.

--Sabes que me interesa mucho el arte --pintura, escultura, arquitectura.

Iré apreciar tu trabajo.

--Aquella iglesia probablemente fue construida en el siglo XVIII, después fue restaurada varias veces. Estuvo cerrada durante varios años porque no había cura para atender la parroquia ni dinero para conservarla. La mayoría del pueblo de Kastrexana no frecuentaba la iglesia. Fue mi primera parroquia. Reuní los hombres y mujeres; había que limpiar, exterminar insectos, carcomas, pintar las paredes. Obtener algún dinero y un carpintero para arreglar puertas y ventanas. Trabajé mucho allí. Barnicé el piso. Mercedes también restauró y pintó las imágenes. En una palabra, reactivamos la parroquia. Es pequeña. Te va a gustar. Hoy está abandonada.

Siempre con su camisa de maga corta y fumando, conversaron en el *Paseo del Arenal* cerca de la iglesia de San Nicolás.

--Gracias Dieguito, no sé cómo te agradecer esto.

__No tienes nada que agradecerme. Pero ¡hay una cosa! --añadió misterioso.

--¿Qué es? --Preguntó Sudaca curioso.

--No tiene escusado ni ducha --dijo.

--¡Estás bromeando! ¿Cómo me las compongo, entonces?--preguntó asustado.

--Tienes razón. ¿No te dije que es una iglesia del siglo XVIII? En aquel tiempo no había retretes y nadie se duchaba. ¿No es sólo para dormir? Entonces vas a tener que orinar fuera a la noche. Chagra y bañarte tendrá que ser en la cervecería de mi amigo Garay. Él ya sabe que vas a dormir en la iglesia.

¡Garay! --pensó. ¿Será el escultor de muñecos de la *Plaza Nueva*? Bueno, aquí deben haber miles de Garay, se tranquilizó.

--Tú preparaste todo, ¿eh?--dijo.

--Te va gustar Garay. Pero ten en cuenta que tienes que pagar lo que comas – dijo riéndose. –Mira, las cañas de Garay son heladitas, recuerdan la cerveza de Gonzaga. Es "piti bili" en seguida él juntaba los dedos de la mano a los labios y lanzaba un beso al aire. Fueron andando, entraron en el Café Rívoli, pidieron dos "cortados". Los tomaron y se despidieron.

"Próxima estación, *Kastrexana*."

La voz metálica en el vagón, le sacó de la escena con Diego Etxarri. Estaba empuñando con firmeza la llave. Retiró la maleta del compartimiento. Se preparó para apearse. Se puso frente a la puerta. Observó un aviso que decía: --Pulse para liberar. El tren se fue parando lentamente. Se oyó el chirriar de los frenos a aire. Oprimió el botón y la puerta se abrió. "¡Viva, conseguí!" Se apeó. Fue el único pasajero a desembarcar. El tren continuó hacia su destino. Miró alrededor. Estaba solo de pie en un andén de estación, y una placa en la pared: *Kastrexana*.

La mañana estaba clara y soleada, pero un poco fría. En cualquier dirección que mirase, montes cubiertos de cedros.

Anduvo por el andén pasando por la cabina de la estación. Había un aviso de FEV pegado en la ventana con los horarios de los trenes. Siguió el camino hacia una escalera de hormigón que subía hasta la carretera. A pocos metros, y a la derecha estaba el *caserío* de dos plantas todo construido de piedra y roble igual que todas las viviendas de la zona rural, con una tablita de madera escrita con letra gótica "*Cafetería de Garay*". --Es aquí. "Ahora tengo que descubrir la iglesia". Siguió andando, pasó frente a la cafetería, la puerta principal estaba cerrada. "Bueno, todavía es temprano!" El camino lateral de piedras continuaba, ahora subiendo una cuesta y terminando en una grande superficie plana.

Al fin la iglesia de piedra centenaria estaba entre los caseríos también contruidos de piedra. En verdad no parecía una iglesia sino un caserío. Delante un jardín de arbustos, y debajo de un pórtico de tejas seculares, sustentadas por un armazón de roble al fondo la gran puerta principal.

Levantó su mano cerrada. La abrió.

"Aquí esta la llave y allí la puerta". Se volvió para admirar la aldea y el paisaje. Bonito y bucólico.

Subió un peldaño de tablas con la llave en posición para encajarla en la cerradura. Giró una vez. Dos veces. Empujó y la puerta se abrió. Entró, andando sobre una tarima de madera barnizada. A cada paso que andaba, el piso crujía. Miraba hacia arriba, a los lados, al altar atónito y maravillado. Recorrió la nave de la pequeña iglesia iluminada por la luz blanca que atravesaba los vidrieras laterales y subió los peldaños del altar. Se detuvo. Miró hacia arriba, un Cristo crucificado. Debajo, sobre un pedestal la Virgen con vestimenta en azul celeste. Delante y bajo el retablo del altar estaba la entrada a la sacristía. Entró en el pequeño recinto. Una ventana de madera que se abría por detrás de una verja de hierro. El piso de cemento y un pupitre antiguo de madera de color oscuro. Hacia el otro lado la sacristía se prolongaba en una sala con una mesa de trabajo. Encima pinturas y herramientas y al lado baldas llenas de libros, muchos libros. Aquellos eran los tesoros de fray Diego Etxarri.

Volvió a la sacristía. Debajo de la ventana y sobre una gruesa y vieja alfombra estaba la colchoneta y las mantas que serían su cama. Puso la maleta en la mesa escritorio. Se sentó y miró la colchoneta y las mantas.

““Es hora de hacer mi cama”. Pensó. ¡Pero primero tengo que mear!

Atravesó el pasillo. Salió. Se metió entre los arbustos abrió la bragueta del pantalón y orinó a gusto. “Aquí será el meadero.”

Después de arreglar su “habitación”, sacó algunas ropas de la maleta.

Colgó otras en la silla y en la percha del rincón junta a la ventana.

Salió para conocer Garay.

--¡Hombre! ¿Eres tú el amigo de fray Diego? –Gritó Garay desde la puerta de la cafetería. Era un hombre alto, fuerte, pelo gris, vestido con un delantal de cocinero.

--Sí. Acabé de llegar. Dejé mis cosas en la iglesia.

--“¡Venga!” vamos a tomar un cortado y conocer la casa. – Entraron. El restaurante era amplio con mesas, sillas y arañas de madera rústica barnizada recordando una taberna alemana. A la entrada un largo mostrador construido de troncos de madera con dos bombas de presión para sacar cerveza del barril. En el techo muchas jarras de cristal colgadas. Arrimadas al mostrador banquetas de madera también barnizada. Se sentó en una banqueta. Garay dio la vuelta y pasó para dentro del mostrador. Se dirigió directo a la máquina de café expreso.

--¿Mucha o poca leche? –Preguntó.

--Poca –respondió. Puso la dos tazas en el mostrador. Sobres de azúcar. Se sentó a su lado. “Cuéntame todo”

Conversaron largamente. Le presentó su mujer Begoña, la suegra Begoña, la hija Begoña, los hijos Garay Primero, Garay Segundo y Garay Tercero.

Cuando se fijó en Garay Tercero, le reconoció –¡Es él!

Garay no dijo una palabra sobre Aguri o aquel encuentro en la tienda de artesanía en la *Plaza Nueva*.

Terminaron de charlar casi a la hora de la comida cuando ya iban llegando algunos turistas y funcionarios de una empresa de telefonía.

--Quédate a comer –ordenó.

--Gracias Garay –me siento un poco cansado. Voy a descansar, tal vez después.

Volvió de prisa a la iglesia medio atontado de tanto Garay y tanta Begoña. “Me voy a volver loco” –pensó, además, aquel Garay está escondiendo su verdadera identidad. Abrió la puerta y fue pasando entre los bancos oyendo el eco de sus pasos. “Voy a despertar a todos” Se detuvo debajo del altar. Sintió que la Virgen le examinaba. Miró hacia ella. Fijó la mirada y encogió los hombros. Después entró en la sacristía. Se quitó los zapatos y se acostó. “¡Realmente la cama era muy dura!” Cerró los ojos. “Me parece que la Virgen estaba sonriendo”. Se durmió.

¡Tan!... ¡Tan!... ¡Tan!... Abrió los ojos para un forro de madera pintado de azul con manchas de humedad en las esquinas que bajaban por una de las paredes y una bombilla empolvada que pedía de un hilo. ¡Tan! ¡Tan!... ¡Tan!... Sí, estaban llamando en algún sitio. Volvió la cabeza hacia la ventana de la sacristía. Atardecía. Divisó un puño que golpeaba el cristal – Tan...tan... tan... Se levantó y miró arrimado a la ventanilla. Era Garay hijo. No sabía cual de ellos. Si Garay Primero, Segundo o Tercero.

--¡Hora de cenar! –gritó desde fuera.

Haciendo gestos con las manos indicó que iba a abrir la puerta de la iglesia. Se compuso. Atravesó el pasillo de la nave. Echó una ojeada a la Virgen . Estaba con aquella mirada dulce y una expresión tranquila. Abrió la puerta.

--El padre quiere que usted venga a cenar.

--Entonces vamos. –Dijo y empezaron a bajar hacia la cafetería.

--Por favor, dime ¿qué Garay eres tú?

--¿No lo ves? Yo soy Garay Primero.

Mientras Garay Primero ayudaba en el restaurante, Garay Segundo trabajaba en una serrería al otro lado de la estación. Junto con Garay Tercero seleccionaban los cedros en el bosque, después los talaban y transformaban en tablón cepillado en las máquinas. Toda la madera usada en la construcción, decoración interior y acabado del restaurante había sido cortada y beneficiada por ellos en la *Serrería Garay*.

--En toda la región, ¡sólo existe este bar construido completamente con madera noble! Todos estos muebles y la decoración rural fueron diseñados por nosotros. ¿No es bonito? –comentaba con orgullo. Pero Garay Tercero

también tenía otros talentos. Era artesano. Con sobras de madera esculpía figuras folclóricas de la vida del pueblo vasco. Pasaba las noches, (cuando no estaba en otras actividades) en el taller detrás de la cafetería tallando sus muñecos. Siguió la profesión de Garay padre que había sido leñador, y que a su vez heredara la profesión y la serrería del Garay abuelo. Se contaba que Garay abuelo había sido campeón en los torneos de corte de troncos con hacha, durante muchos años, siendo prácticamente invencible. Paró de competir, cuando, ya con la vista cansada al cortar un madero, ¡acertó con el hacha el propio pie! Pero, la historia centenaria que se convirtió en leyenda y el mismo Garay el viejo no sabe explicar, es la desaparición del “güelo” como era llamado. Dicen que una noche de luna llena salió con el hacha a cortar pinos (Intentaron disuadirlo). Se entrañó bosque adentro y fue abatiendo cedros con brío tan incontenible, que, la mitad de los Pirineos fue talada aquella noche. Hasta en Francia es conocida la leyenda. Se cuenta que en noches de luna llena se puede ver un viejo leñador de boina derrumbando ferozmente con su hacha, todo árbol que le aparece por delante. Es Garay “güelo”.

Durante las *Fiestas* de la fundación de Bilbao las atracciones más concurridas fueron las disputas de corte de troncos con hacha, el corte de maderos con tronizador por parejas y la *sokatira*. Son deportes populares practicados por los vascos hace más de dos mil años. Juntamente con la pelota vasca, en sus diversas modalidades, atraen grandes multitudes de aficionados.

El *Paseo del Arenal* estaba a tope para presenciar el torneo nacional. La familia Garay llevó una verdadera caravana de vecinos de *Kastrexana* como emisarios del pueblo para apoyar sus dignos representantes. Garay Segundo y Garay Tercero eran considerados favoritos en parejas de corte de troncos con tronizador. Cuántas veces iban los dos al monte a cortar cedros con el tronizador. Cada uno tirando del mango de aquella larga sierra y roc,roc, roc, roc hasta derrumbar el pino. ¡Estaban bien preparados! En el lanzamiento de tronco a distancia Garay Tercero era el mejor. Y en corte de tronco con hacha Garay Primero era especialista. Los vecinos llevando franjas y banderas con Garay padre por delante organizaron una peña alegre y bulliciosa y se acomodaron en frente al Teatro *Arriaga*. La expectativa era grande cuando entraron los atletas todos en camiseta exhibiendo sus músculos. El pueblo aplaudía los competidores de la región y silbaba los visitantes. En el corte de tronco con tronizador por parejas Garay Segundo y Garay Tercero fueron derrotados. En lanzamiento de tronco ocurrió un disturbio cuando el árbitro desclasificó Garay Tercero. Garay el viejo invadió el terreno de disputa para exigir satisfacción al juez. Los demás atletas consiguieron controlar el

inconformado Garay y llevarlo con mucho trabajo para fuera de las cuerdas de separación.

--¡Coño! Así no se puede ser. ¡El árbitro es pariente del bajito! Gruñía inconformado.

La tristeza sólo no fue mayor porque Garay Primero se clasificó para la final en el corte de troncos con hacha. En la final también fue derrotado por el mismo chaparro musculoso. Cuando volvieron Garay el viejo (así llamado después de jurar de muerte al juez del torneo de lanzamiento de tronco, por su simpatía con el fuerte bajito), lucía una sonrisa en sus labios.

--¡Hombre! Vamos a comer. ¡Hoy tú eres mi invitado! Le indicó una mesa de rincón para dos personas. Estaba con el delantal de cocinero andando por entre las mesas ya ocupadas por parejas y familias. Le acompañó hasta la mesa. Se sentó. Garay se inclinó y dijo en voz baja: --Preparé un plato exquisito, es mi gran especialidad, --¡Sopa de garbanzos! Mientras Garay el viejo, dirigía la cocina con Begoña madre, la atención a las mesas era hecha por Begoña hija y Garay Primero. En la barra quedaba Garay Segundo. Garay Tercero (lo supo después) raramente aparecía en el restaurante. Pasaba el tiempo tallando figuras populares de madera o trabajando con raíces secas, recogidas en pantanos de las cercanías. Era un artista popular. El salón de la cafetería era grande. La iluminación suave provenía de candeleros de madera rústicos componiendo una decoración campestre de taberna alemana.

--Listo, aquí está nuestra especialidad. --Dijo trayendo una gran bandeja con un plato hondo de sopa de garbanzos humeante, acompañado de pan de caserío. --Come todo lo que puedas y ¡buen provecho! Cortó el pan en pequeños pedazos colocándolos en la sopa para después comerlos. Realmente estaba deliciosa. Comía mientras admiraba Begoña hija que atendía las mesas siempre sonriente, se movía con elegancia luciendo un vestido negro justo con el cuello de puntilla blanca. “Guapa chica” --pensó. --Entonces ¿qué tal? --era Garay el viejo, que llegaba con su delantal preguntando.

--Igual que la sopa de los Franciscanos de Irala. ¡Deliciosa!
--Ahora el segundo plato, *Tenera asada con pimientos y patatas fritas*. Llevó la bandeja vacía y desapareció por la puerta vaivén de la cocina. Desde su mesa podía acompañar el movimiento. En la televisión instalada en un soporte alto que permitía verla todo el salón se presentaba el conjunto de música popular Bizkaiko trikilariak, muy apreciado llevando en cuenta la animación

que se apoderó de las personas que cenaban. El locutor hablaba en Euskera. Fantástico; los vascos tienen su idioma, su música, sus danzas, radio y televisión, todo menos la independencia política y económica del Reino de España. Como no entendía ni torta de lo que hablaban perdió el interés y pasó a observar Begoña que continuaba su vaivén de servir. Siempre que pasaba cerca de su mesa sonreía. Esta vez se detuvo.

--¿Qué tal una caña cortesía de la casa? --

¡Clara que acepto! Sin cuello, por favor.-Respondió.

Allá se fue ella toda graciosa a pedir a Garay Segundo que sacase una jarra de cerveza sin cuello.

--¿Sin cuello? ¿Qué quiere decir eso? --preguntó Garay sorprendido.

--No sé --respondió Begoña.

_ ¡Sin cuello!...Brasileño!

Por la puerta de la cocina surgía Garay el viejo, con la bandeja y Begoña con la caña.

--Aquí está. -¡Que aproveche! --dijo.

--Bienvenido al País Vasco --añadió Begoña hija. En seguida se retiraron.

Estaba encantado con la hospitalidad de los Garay, ¡pero la cerveza llegó con collar!

Después el postre, flan de naranja y para terminar el cortado que prefirió tomar en el mostrador servido por Garay Segundo. Permanecieron hablando sobre la falta de suerte en el torneo de corte de tronco con hacha, pero aseguró que no estaba abatido y que el año siguiente las cosas serían distintas.

--¡No participo de más competiciones mientras aquel juez pertenezca al cuadro de jurados! --dijo poniéndose muy serio.

--Concuero plenamente. Si el chaparro forzado participase del torneo, ¡las chances de los Garay sería mínimas!

Con el restaurante casi vacío Garay Primero y Begoña hija, se unieron a la charla y más tarde cuando las últimas parejas se despidieron, Begoña madre, que lidiaba en la cocina y Garay, el viejo, cerraron el círculo para comentar el incidente durante las Fiestas. Preguntó por Garay Tercero; le dijeron que estaba en el taller tallando sus figuras de madera.

--¡Venga! Vamos a hacerle una sorpresa. --Dijo. --El taller queda aquí atrás del restaurante. Salieron por la puerta trasera al patio y notaron en la oscuridad la luz del galpón que brillaba en la ventana lateral. Garay el viejo llamó a la puerta. Tercero la abrió demostrando extrañeza por su presencia en hora tan avanzada de la noche.

--Aquí es donde descargo mis neurosis. Es mi terapia contra el estrés. Pero también es mi arte.

“Garay continua disimulando”, -dijo para sus adentros.

Dentro del cobertizo había una mesa de trabajo sobre la cual estaban decenas de figuras esculpidas: leñadores, cortadores de troncos con hacha, jugadores de pelota vasca, viejos con boina apoyados en cachavas. Todos alineados. Otra decena de piezas por terminar. Herramientas de tallar en madera, escoplos de varios tamaños, buriles, pequeños martillos. En las baldas latas de barniz, pinturas, pinceles, muchos pinceles. Al fondo del taller un enmarañado de raíces secas amontonadas hasta el techo pareciendo un nido de enormes arañas. Les miró pensativo.

--¡Tengo trabajo para un siglo! Pueden mirar lo que quieran, pero, por favor ¡no toquen nada! --Y volvió a sentarse en el banco a entallar sus figuras. Miraron por todos los rincones, y por todos ellos había esculturas.

--Bueno, tenemos que volver al restaurante. Ollas, platos y cubiertos esperan para ser fregados. Hay que limpiar todo, porque mañana es otro día de lucha. Salieron dejando Garay Tercero con sus estatuas.

--¡No hagas caso! --dijo Garay el viejo. --¡Él es así mismo!

Cuando llegaron al bar de la cafetería todos se habían retirado. Se despidió de Garay agradeciéndole la cortesía y la amabilidad del tratamiento recibido. Él sonrió y le abrazó.

--Un amigo de Diego tiene que ser bien tratado, porque también es mi amigo. Tomó el corto camino de piedra que terminaba en la iglesia centenaria. La noche estaba clara, agradable con la luna alta y llena. Se detuvo delante de la puerta.

“¡Tengo que mear!” Entró en medio de los arbustos y orinó toda la cerveza que había tomado aquella noche. Abrió la puerta. Una tenue claridad iluminaba el interior de la pequeña iglesia a través de las empolvadas vidrieras centenarias, se vislumbraban los santos en ademanes y miradas de misericordia. Prefirió no encender el lustre central y caminar oyendo el crujir de la tarima bajo sus pasos. Al pasar por el altar miró hacia la Virgen. Estaba con la mirada serena.

--¡Buenas noches, Santísima! --Paró algunos instantes. Entró en la sacristía y encendió la lámpara. Allí estaban sus cosas y su cama. Se quitó el pantalón ranchero y lo colgó en la silla, apagó la luz y se metió en la cama. Durmió. Esa noche soñó con Mami.

--Tome más café con leche --insistía Begoña madre después de un desayuno digno de un hotel cinco estrellas.

--Solo, por favor señora. No he visto el hijo mayor, -indagó, especulando por dónde andaría.

--Está en el taller con un amigo.

Salió por la puerta trasera hacia el taller de Garay Tercero.

“Ahora es el momento de poner toda la historia en platos limpios. Él me va a tener que contar cómo escapó del cerco en la autopista de San Sebastián, y voy a querer noticias de Aguri”.

La fuga de Aguri

La puerta estaba entreabierta, empujó y entró. Se volvieron hacia él.

--¡Aguri! –Exclamó. Le abrazó fuertemente. –¡Qué sorpresa! Pero ¿tú no habías sido detenido en San Sebastián? –Y, el Garay que desde que llegué está disimulando y haciendo que no nos conocemos. ¡Me va a tener que explicar este misterio!

--Nuestro encuentro en la tienda, mi fuga y después la de Aguri, no son cosas que se puedan discutir en la cafetería. Ya hemos descubierto un detective disfrazado frecuentando la casa. –Añadió Garay con seriedad.

--Es verdad Sudaca. Todos los cuidados son pocos.

--Perdona Garay, tienes toda la razón

--¡Tengo noticias de Amparo! ¿Te interesa esto?

--¡Claro que sí! ¿Ella está bien?

--¡Hombre! ¡Espera, contén tu ansiedad! Estaba contando a Garay mi fuga del furgón policial. Sabes que tenemos simpatizantes de nuestra causa hasta en los cuerpos de seguridad del estado. Durante el traslado a Bilbao, noté algo extraño en la puerta trasera del vehículo. Me arrastré por el suelo para examinar el cerrojo y me di cuenta que no estaba cerrado. Planifiqué la huída para la primera oportunidad. Ella llegó a la salida de un túnel. Con la tormenta que había caído al anochecer, se deslizó un barranco, interdictando la autopista. La furgoneta de la policía fue obligada a detenerse algunos instantes, los suficientes para tirarme al suelo y correr en dirección opuesta. La fuga fue facilitada por la cantidad de vehículos parados, y porque me metí por las tuberías de ventilación del túnel que termina en la ladera del monte. Una vez allí, el relieve escarpado y la lluvia me facilitaron llegar a los bosques. Conseguí librarme de las esposas en una caverna donde permanecí unos días hasta que la situación se calmó.

--¡Fue una aventura demasiado peligrosa! –Comentó Garay.

--¡Lo fue! Anduve por un sendero como unos cinco kilómetros, y al llegar a la periferia de Bilbao nuestro personal de apoyo dio cobertura. Ahora soy un clandestino.

--¿Y tú Garay?

--Bueno, yo conseguí evadirme en el momento que fuimos abordados por la patrulla policial.

--Pero, ¿no había uno más? –Preguntó Sudaca.

Los dos se miraron, como si se interrogasen. ¿Hablamos o no hablamos?

--Era Garay el viejo, uno de nuestros dirigentes más combativos. Alegó Aguri. Miró hacia Tercero. Él sonrió.

--El mundo es pequeño, como dices, pero nadie conoce a nadie, ¿no es eso? Bueno, ahora tú eres un archivo ambulante. “Sabes demasiado Sudaca!

--¿Sudaca? El único que me llama por sudaca es fray Diego. Garay Tercero sonrió enigmáticamente. Lo suficiente para él entender ciertas cosas y empezar a pensar en otras.

Aguri interrumpió sus pensamientos.

--Ven a ver dónde vivo. Sólo veinte minutos por el monte y hablaremos sobre Amparo. ¿Qué te parece?

--¡Fenómeno!, vamos andando. Miró a Garay y se despidió. Tenía la misma sonrisa en los labios.

Entraron bosque adentro andando por un sendero estrecho. La montaña cubierta de cedros terminaba en un valle hacia *Irauregui / Alonsótegui*. El ferrocarril FEVE no quedaba lejos porque se podía oír el silbido y el tran-tran-tran de la locomotora. Pasaron por algunos *caseríos* con sus huertas en medio de la vegetación con Aguri marchando siempre delante.

--¿No es un paisaje deslumbrante? Mira aquella torre en ruinas. Es un viejo castillo medieval abandonado. Aprovechamos lo que sobró de la estructura e hicimos un refugio. Allí es donde me escondo.

Sí, en verdad lo que restó del castillo fue la torre. Aguri abrió la puerta y entraron. Había espacio suficiente para dos personas y lo necesario para supervivir, pero todo muy limpio y organizado. Una cama de campaña, mesa, silla, una cocina leña con una chapa de hierro que se abría en dos bocas. Ollas, una despensa cerrada y un estante con libros. Sin duda era un ambiente acogedor, caldeado por pequeños leños en brasa y una cafetera de porcelana y un colador de paño. Encima del fogón quedaba la torre, que servía de salida de humo y puesto de atalaya de vigilancia. Subiendo por una escalera de caracol, se alcanzaba la vista de la autopista.

--¡Siéntate, hombre!, podemos hablar y tomar café. Y cogiendo dos tazas de porcelana las llenó de café. Estaba con el pelo al cero, barba corta, pantalón

vaquero desgastado, botas y aquellos ojos de lechuza con la expresión de estar siempre listo para la acción.

--Amparo está en Bilbao. Dando clase en la Universidad. --Dijo de repente.

--Pero, ¿cómo? Al despedirnos se iba a París para aprovechar los últimos días del viaje a Europa.

--Y se fue. Se hospedó en el Albergue Internacional de la Juventud en París, y allí recibió la noticia de la invitación para dar aulas de Historia en la Universidad. La participación en el Congreso de Derechos Humanos presentando denuncias de la explotación infantil y prostitución de niños fue decisiva. La convidaron y se va a quedar un año impartiendo clases, pudiendo incluso renovar el contrato. Era todo lo que quería.

--Amparo es muy competente. -- Dijo.

--Ella quería quedarse en Bilbao. Tenía proyectado una investigación sobre los orígenes del pueblo vasco. Ahora es la ocasión. Estuve con ella en la Universidad. Quería noticias tuyas.

--¿Mías?

--Sí. Tuyas, Sudaca. Oye, ella es una buena moza. ¿Me entiendes lo que te quiero decir?

--Primero que no hubo nada entre nosotros, después ¿qué le dijiste?

--Le dije que tú estabas en *Kastrexana*

--Pero, ¿cómo lo sabías?

--Bueno; esto es secreto. ¡Tenemos nuestros informantes! Óyeme, ¿la vas buscar?.

--Claro que voy. Cuando vuelva a Bilbao. He pensado mucho en ella. Pero, cambiando de tema, ¿qué planes tienes?

--Me voy a quedar algún tiempo por aquí hasta que el personal de mi base se reorganice. Serán algunos días de vacaciones. Aquí me encuentro seguro.

--Aguri, me alegro mucho por nuestro reencuentro. Te veo con salud y lista para la lucha.-Le abrazó fraternalmente.

--¿Me enseñas el camino para volver al restaurante?

--Es fácil. Ven conmigo que te lo enseñe. --Salieron a la puerta y le apuntó otro sendero.

--Mira, vete siempre adelante. Vas a encontrar un arroyo. Lo atraviesas y sigues hasta llegar a la vía férrea. Entonces vas hacia la derecha y en quince minutos estás en la estación de *Kastrexana*. Este camino es más fácil que el que viene por el monte. No puedes perderte.

--¡Hasta la vista!

--¡Hombre!, cuidado con las chicas

Siguió la senda. Encontró el arroyo y en seguida estaba andando por las traviesas de la vía hacia la estación. Aguri estaba realmente bien escondido.

Pasó por delante de la cafetería pero no entró. Subió hacia la iglesia. Estaba cansado. Había sido un día de muchas emociones. Quería echarse, para pensar en todo lo que la vida le estaba guardando para el futuro. Abrió la puerta y se dirigió directamente a la sacristía para descansar su cuerpo cansado. Se agachó hasta el suelo para sentarse en la colchoneta y echarse. Se quedó mirando aquel forro azul, con manchas de humedad y algunas arañas centenarias tejiendo sus telas. Se acordó de la Virgen al lado del altar. “Qué raro, me dio la impresión que ella desapareció del pedestal”. Pensó en levantarse para comprobar. Desistió y se durmió.

Begoña hija, estaba martillando furiosamente el piano, la escala de dó a si. Luego venían los interminables ejercicios de técnica pianística. Aquel sonido angustiante salía por la ventana de la sala que quedaba encima de la cafetería y se difundía por toda la región se oía en la iglesia, en el pueblo, en la estación, (se decía que cuando el tren de la FEV paraba, los pasajeros sabían que era la hija de Garay el viejo estudiando piano) y también en el castillo en ruinas donde se escondía Aguri. En realidad, no le gustaba el piano. Begoña, la madre es la que insistía. Era obsesiva. Decía “vamos a tener una concertista en la familia. ¡Begoña tocará en el Teatro Arriaga!”

Esperaba ansiosa la hora de llevar la comida a Aguri. Estarían juntos algunas horas, podrían amarse con tranquilidad, después, en silencio oír los ruidos de la naturaleza y el viento que entraba por las aberturas de la torre en ruina, en fin, ¡podían soñar con el futuro!

Bajó la escalera al restaurante. Preparó la tartera con todo cariño y con lo más sabroso. Salió por la puerta trasera.

Garay el viejo estaba en el taller de Garay Tercero cambiando ideas sobre la venta de las esculturas en la tienda de artesanía de la *Plaza Nueva*.

--Tienes que parar de tallarlas. ¡Llegará un tiempo en que tendremos muñecos en todos los rincones de *Kastrexana*!

--Tienes razón.

En aquel momento Begoña hija llegaba con la marmita.

--Padre, estoy yendo a llevar la comida a Aguri.

--Vete por el monte, hija. Estate siempre atenta. Los militares anduvieron patrullando la carretera por la mañana. Estuvieron aquí, haciéndose los tontos y espiando todo.

--Andaré con cuidado.

Golpeó cinco veces la puerta, según lo combinado. Aguri abrió. Se abrazaron y se besaron.

Los “verdes” estuvieron rondando, -dijo. –Creo que no deberías quedarte mucho tiempo.

--Ya lo sé. Vi desde la torre cuando la furgoneta pasó hacia *Kastrexana*. No te preocupes, aquí estoy seguro.

--No estás, no señor. Tú te vas a Bilbao. A casa de Mercedes y Diego. Tuvimos una reunión con él y concertamos los detalles. Vamos a sacarte de aquí esta noche. Fue decisión de la base. No puedes caer de nuevo. Ellos están empeñados en echarte mano, ¿comprendes?. Aguri oía con atención mirándola emocionado. La abrazó otra vez.

--¡Aguri, cariño! Tenemos que usar la razón y no el corazón. Tu no estás de vacaciones. Estamos aquí gozándola a lo grande, pero el cerco se está cerrando.

--Tienes razón. Después de comer arreglo todo para no dejar rastros y esperaré listo para marchar. Se besaron demoradamente. Las ropas fueron tiradas por los rincones. La miró con pasión. Los cuerpos desnudos. Se abrazaron y se amaron sobre las piedras centenarias.

Un oficial maricas

Se despertó con un aullar ensordecedor de sirenas. Pensó en incendio. Inceñido en la iglesia. ¡Sí! ¡No! Todavía estaba adormecido. ¡La policía, .sí, era la policía! Se acordó de Aguri. Se levantó a toda prisa. Se puso los vaqueros, las playeras y corrió hacia la puerta.

--Señor, ¿nos hace el favor de enseñarnos sus documentos?. Allí estaban dos furgonetas policiales y cuatro militares armados hasta los dientes.

--Vamos, ¡entren por favor! Mis documentos están en la sacristía.

--Usted no es el cura, ¿no es verdad? Y, mucho menos el sacristán que según nuestras investigaciones murió el siglo pasado.

El cortejo atravesó la nave de la iglesia con cuatro militares marchando detrás de él. Entraron en la sacristía y se separaron por todos los rincones buscando, y husmeando, mientras el oficial malencarado la fulminaba con la mirada, revolviendo los ojos y golpeando con la bota en el suelo.

“¡Me parece que el oficial es marica!”- pensó.

En seguida con voz de barítono desafinado berreó:

--¡Usted va a tener que explicarse!

Le enseñó el pasaporte. Lo tomó de un tirón. ¡Ojeaba y le miraba!. ¡Ojeaba y le miraba!”

“¡Sí, tiene toda la pinta! –¡la verdad es que el oficial era gay mismo!

--Muy bien, aquí está todo correcto. Ahora, explíquenos ¿qué es lo que usted está haciendo en este museo?

--¡Oficial!, por aquí todo limpio. Sólo encontramos libros religiosos y chorradas –gritó un gendarme.

--Bien, Oficial, como usted está viendo soy un Sudaca. Estoy viviendo aquí en la iglesia. Y duermo con los santos. Le mostró una sonrisa amarilla. ¡Mire tengo las llaves!

--No estoy para bromas. Estamos buscando un terrorista de ETA que se escapó de nuestra furgoneta la semana pasada en la autopista Bilbao-Donostia. ¡Tenga cuidado señor, es un guerrillero peligroso! El tono de voz del oficial había cambiado para él continuaba malencarado y maricas.

--Que lo pase bien aquí en este museo – dijo con displicencia y salieron en formación golpeando con sus botas la tarima del pasillo de la nave hasta no se les oír más, terminando con el fuerte golpe de la puerta principal.

--¡Museo es la casa de la madre que los parió! –tengo que avisar a Aguri.- El cerco se está cerrando –pensaba en voz alta.

Salió hacia la cafetería de los Garay. Entró. Garay Primero estaba en el mostrador. Pidió un cortado. Él contó que ya había visto el movimiento alrededor de la iglesia y que los guardias ya habían estado en la cafetería por la mañana, en busca de Aguri.

--Los gendarmes pensaban que Aguri estaba en la iglesia. Sabes, ayer a la noche, cenaron aquí unos tíos extraños. El padre desconfía que son espías. Ellos pensaban que tú eras Aguri.

--¡Fue una cacería pesada, pero se jodieron! –Se echaron a reír.

--¡A joderse! Tenemos que avisar Aguri –completó.

--¡No!, tú no sales de aquí de ninguna manera. Los chaquetas verdes pueden estar esperando tu reacción.

--Tienes razón. ¿Y tu padre?

--Salió. Salieron todos. No sé dónde fueron. Desaparecieron. Tenemos que esperar antes de actuar. En estas horas la organización hace la diferencia. Estaba aflicto.

Anocheecía cuando Begoña hija llegó con la tartera y una pesada mochila a cuestas.

Parece que ahora está todo tranquilo por aquí. Estuvimos muy preocupados en el escondrijo de Aguri.

--Sí, pero aquí todo salió bien. Los agentes estuvieron en la iglesia. Venían con informes equivocadas. Pensaron que Aguri estaba escondido allí. Llegaron con todo y se salieron mal.

--¡Muy bien! La autopista está libre. Ya levantaron las barreras. Lo vi personalmente.

--¡Sudaca!, vas a tener que ayudarnos. Vamos a llevar Aguri cuando anochezca.

--Podéis contar con mi ayuda. Estoy listo. –Dijo.

--Tú irás con Aguri a Bilbao. Prepara tu maleta.

--Explícame mejor.

--No. Después lo sabrás. Sube a la iglesia y prepara todo y espera. ¡Estaremos saliendo dentro de media hora!

--¿Y el Viejo?

--No te preocupes. Él está bien, -dijo sonriendo y haciendo un gesto con la mano cerrada.- ¡Vale!

--¡Muy bien!

Subió el camino de la iglesia sabiendo que sería su última hora en Kastrexana. Abrió la puerta y anduvo a tientas por el pasillo de la nave orientándose por los bancos. Había poca claridad que se filtraba por las vidrieras notándose las siluetas de los santos formando un bailado con figuras estáticas. Antes de cruzar el altar pasó por la imagen de la Virgen. La miró y pensó –“Es la última vez que la veo”. Ella estaba con su dulce sonrisa. Entró a la sacristía y encendió la lámpara polvorienta. Arregló sus ropas y enseres, libro de notas, pesetas, cheques de viaje, las gafas oscuras. Fue acomodando todo en los bolsos de la cazadora. Limpió la mesa de papeles. Guardó las colchonetas y dobló las mantas (eran de Diego). Por fin, puso un poco de orden en el desorden que provocaron los guardias y barrió la sacristía, dejándolo todo como lo había encontrado. ¡La basura en el rincón de la pared! Se sentó esperando los acontecimientos. Miró el viejo forro de madera azul con marcas de humedad en los rincones de la pared. El trabajo secular incansable de las arañas tejiendo sus telas también centenarias y pensó: “Tal vez yo haya vivido aquí en esta iglesia hace algunos siglos” De repente algo iluminó sus ideas – “La sonrisa de la Santísima”. Juró que ella estaba sonriendo. Volvió para asegurarse. Miró. No había sonrisa. “¡Debo estar loco!”

Sus pensamientos fueron interrumpidos por fuertes golpes en la puerta principal de la iglesia. Llegaron. Cogió la maleta. Echo una última mirada a la sacristía y apagó la luz. Pasó ante el altar. Miró a la Virgen. ¡Estaba sonriendo! Continuó por el pasillo hasta la puerta. Abrió. Allí estaba Diego Etxarri en carne y hueso.

--¡Vamos de prisa! Cierra la puerta. El coche está en la cafetería.

Bajaron juntos en silencio. Diego delante apresado como siempre, camisa de manga corta, gafas y cigarro en la boca. En la puerta estaban Garay el viejo, Begoña la madre y los hijos. Dentro del coche había dos personas.

Garay le abrazó afectuosamente, después Begoña la madre y los hijos Primero, Segundo y Tercero. Begoña hija hablaba por la ventanilla con una extraña que estaba en el asiento trasero. El Viejo recomendó que Diego viajase por la carretera marginal. Era más larga, pero más segura.

--No, Viejo. Es más seguro por la autopista principal. Los militares están vigilando todas las marginales. No apuestan en nuestra audacia.

--¡Entonces vamos! ¡No perdamos más tiempo! –alertó Sudaca.

Delante, Mercedes. Él entró al asiento trasero, donde estaba la mujer de espaldas asiendo las manos de Begoña hija.

“¡Ah! Qué extraño. ¿Quién será esta chica?” – pensó.

--Ten cuidado, mira dónde pones la mano Sudaca. ¡Era Aguri vestido de mujer! Se echaron a reír, mientras Diego maniobraba para entrar en la autopista de Bilbao.

--¡Adiós! –gritó Begoña hija.

--Guía despacio para no levantar sospechas. –Recomendó el Viejo.

--¡Ir con Dios! –rogó Begoña madre.

-Entonces, este es el disfraz. Muy creativo. ¡Nadie podrá sospechar de dos parejas en viaje de vuelta hacia Bilbao! –dijo.

--Mercedes se encargó del trabajo artístico del maquillaje y de la peluca. El vestido, zapatos y pendientes son de Begoña.

--Es verdad. Trabajé como peluquera y maquilladora en el Róyale durante veinte años. Cabezas famosas pasaron por estas manos. Hoy mi clientela es unisexo de corte con la máquina. ¡Un horror!, el Royal entró en quiebra. Fuimos despedidas todas.

--¡No te quejes, cariño. El mundo cambió mucho! –concluyó Diego.

Sudaca miró hacia Aguri en la penumbra del interior del vehículo y dedujo que Mercedes realmente lo había transformado en una guapa chica. El disfraz estaba perfecto.

--Creo que si entramos en cualquier local público nadie notará nada.

--¡Mercedes es tan perfeccionista que me mandó rasurar las piernas y los brazos!

Diego conducía sin exceder el límite de velocidad, pero fumaba como un desesperado de tal forma que, con las ventanillas cerradas debido al frío de la región montañosa, el humo se transformó en una nube gris. Mercedes sofocada protestó con energía.

--¡Abrir las ventanas!, este tío no para de fumar. Vamos a morir sofocados si escapamos de los verdes. –Rápido y obediente Diego bajó los cristales y la espesa nube salió por las dos ventanillas abiertas. Los ánimos se calmaron.

Las primeras luces de Bilbao, los viaductos, después los edificios.

Un agujero dentro de otro agujero, como decía Diego. Estábamos en casa. Sanos y salvos.

Todavía era temprano. La ciudad movida de un domingo que terminaba.

El destino de Sudaca era de nuevo en Albergue Bilbao. Se acordó de Amparo. Tenía que reverla.

--¡Aguri!, -preguntó de repente - ¿dónde encontraste Amparo?

Todos le miraron asustados, incluso Diego por el espejo retrovisor.

--¡Qué interés, eh? No sé; pero la encontrarás en la Universidad. Departamento de Historia.

--Diego, déjame en Altamira; vas a pasar por delante del Albergue.

--Buena idea. No podemos facilitar. Hasta ahora la suerte nos favoreció.

Paró por un instante cerca del puente. Él se apeó rápidamente.

--¡Nos veremos! ¿Vale? –gritó.

Volvió andando con su maleta a cuestas. Pensando en que los próximos días tendría donde comer y dormir. Después, Dios diría. Mañana tendría que cambiar unos cheques de viaje porque las pesetas se estaban acabando y después iría a la Universidad, a ver Amparo.

Entró por la puerta principal y caminó por la alameda hasta la entrada de aquel edificio tan conocido. Sonrió a las recepcionistas. Ellas gentilmente retribuyeron. ¡Realmente familiar! Con esta, era la tercera vez que allí se hospedaba.

--¡Ola!

--¡Ola! ¿Estás de vuelta? Parece que estás mal.

--Sí. Estoy un poco cansado.

--No se olvide, la permanencia es por cuatro días. Aquí lo ticket de la comida. Se quedará en la habitación cuatrocientos dos, de dos camas en el cuarto piso. Tenga las llaves y el reglamento que ya debe conocer. Bienvenido al Albergue Bilbao.

--Gracias. Apaño las llaves y la maleta. Subió por la escalera. Entró con todo al cuarto de baño. Las tripas ya estaban haciendo un nudo. Se alivió del contenido de tres días. Abrió la puerta del cuarto esperando encontrar un

compañero. La otra cama vacía, como el armario también. Todo limpio y arreglado como siempre. ¡Qué bien! Me quedaré como un rey. Puso la maleta encima de la cama. La abrió y sacó ropas para dormir.

“Vamos a darnos un baño de pies a cabeza, porque debo estar apestando, también hace un buen tiempo que no sé lo que es una ducha”. Toalla en mano, salió hacia el aseo. Al volver se sentía limpio, liviano y perfumado con la toalla enrollada en la cintura y la ropa sucia enrollada para la lavandería. Al entrar en el cuarto se dio de cara con un gringo grande como una puerta, con una maleta enorme esparciendo sus ropas y trastos por todas partes.

“¡Mierda, se acabó la tranquilidad!” –pensó.

--¡Ola!, -dijo. “Vamos a ver si él habla en cristiano”--¡Ola! Soy Eric, de Oslo, estoy viajando por España.

--Encantado. Me puedes llamar Sudaca. Estoy perdido en España hace tres meses.

El noruego continuó desarreglando y después arreglando todo en el armario. ¡No habló más ni pío! . Por fin se vistió el pijama y se metió debajo de las mantas. Aquella blanda cama, deliciosa le daba una sensación de placer para su pobre cuerpo cansado, que, finalmente estaba encontrando un descanso digno de un sudaca.

--Buenas noches –dijo.

--Buenas noches –Erik continuaba enredando en sus cosas.

Cerró los ojos sintiendo el peso de noches mal dormidas y se hundió en los brazos de Morfeo.

La mañana siguiente se despertó renovado y hambriento. Otra ducha, afeitarse, ropa limpia y desayuno abundante. El noruego dormía pesadamente. Cuando volvió del comedor, ¡ya estaba revolviendo todo de nuevo!

--¡Ola! Eric, ¿qué tal estás? No te olvides que el desayuno termina a las nueve de la mañana.

--¡Ola! Sí, sí, no te preocupes que bajaré a tiempo.

El Manuscrito de Sócrates, o el Chino enloqueció.

Por su parte el sudaca se vistió. Pantalón vaquero, jersey negro, calzó las botas desgastadas, documentos, pesetas y bajó. En el comedor ya se había formado la fila. Todos jóvenes con sus bandejas desfilando por el mostrador para

apañar rebanadas de pan, mantequilla, jalea, azúcar en bolsitas, embutidos y una taza grande de café con leche.

--¡Ola! –saludó a la camarera. Le entregó el ticket del desayuno, y fue abasteciendo su bandeja con todo lo que le correspondía. Lo llevó hasta una mesa vacante y se sentó. No tardó mucho y dos mozas y un joven se acercaron y educadamente en español con acento extranjero pidieron permiso para sentarse. Sonrió gentilmente y aceptó la compañía. Eran ingleses. Bueno, aquel comedor ahora se había transformado en la antigua Babilonia. Se oían todas las lenguas al mismo tiempo y no se entendía nada. Él, como buen sudaca, comió y pidió permiso para salir. Entregó la bandeja y fue a tratar de su vida.

Al pasar por el salón de lectura en dirección a la escalera para la planta baja, vio Eric el noruego que estaba sentado en un sillón con los mismos trastos, papeles y mapas. Se aproximó a él.

--¿Qué es lo que tanto buscas, hombre?

--¡No consigo encontrar las señas de un viejo chino! –respondió. Tengo informaciones que me dieron en Sevilla de que él está aquí en Bilbao. Pero, las más recientes, es que tú sabes donde está el Maestro.

--¿Estás hablando del Maestro chino?

El semblante del noruego se iluminó y sus ojos brillaron.

--Claro que sé –dijo el sudaca.

--Entonces, hazme el favor de decirme dónde encontrarle. –Repuso.

--Antes necesito saber quién te dijo que conozco al Maestro y el motivo. ¿está bien?

--Cuanto a la fuente, no fui autorizó a revelar. Ahora, el motivo es una larga historia. ¿La quieres oír?

--¡Claro!, cuéntamela.

--Ya hace más de treinta años Ching Chuan entonces titular de la cátedra de Filología, trabajaba con el profesor Gunnar en la universidad de Atenas, investigando inscripciones sobre un supuesto manuscrito de Sócrates. Poco antes de tomar su taza de cicuta, el sabio, entregó su testamento filosófico a Apolodoro su más fiel discípulo, y no a Platón, que no había participado del último diálogo con sus seguidores en la cárcel. Desde trescientos treinta y nueve años antes de Cristo el manuscrito estaba desaparecido. Ching Chuan y mi padre, descifrando inscripciones en antiguos documentos descubrieron que el manuscrito estaría en la casa de los Delfines en la isla de Delos. Es una isla

mitológica y por eso sagrada, que está lejos de Atenas. Los dos embarcaron hacia la isla de Miconos y de allí a Delos.

--Y, ¿lo encontraron? –preguntó.

--Todo en vano. Retornaron a las investigaciones y concluyeron sin duda alguna que Chiang Chuan había cometido un error en la interpretación de las inscripciones. La isla sería Delfos. Fueron diez años de excavaciones en las faldas del monte Parnaso y extendiéndolas hasta las cercanías del Oráculo de Apolo así como búsquedas en el museo local y en numerosos de arte Helénica sin éxito. Mi padre murió de una fiebre misteriosa y fue enterrado en Delfos. Pero en su lecho de muerte, un viajante griego conocido por Philoupapou murmuró a su oído, que el manuscrito de Sócrates estaría con un anticuario árabe de nombre Kacin en Sevilla, en el barrio de la Judería. Ching Chuan prometió a mi padre que encontraría Kacin y rescataría el manuscrito para entregarlo a la universidad de Atenas.

--Y tú Eric, ¿cuál es tu parte en esta fantástica historia?

--Bien, yo siempre viví con mi madre en Oslo. Recibíamos cartas de Atenas en que mi padre contaba su obstinada búsqueda. Después de su muerte, Ching Chuan fue a visitarnos en Oslo llevándonos una caja lacrada con sus objetos personales. No obstante, lo más asombroso es que en medio de viejos documentos, mapas y anotaciones encontré una tarjeta del club nocturno Alexander en Santorini, con un mensaje escrito en el reverso.

--¡Mira! –Abrió la bolsa de tiracol y sacó con cuidado una cartulina. Realmente estaba impreso Alexander Night Club y en su dorso:

El chino se volvió loco.

--Si. Pero, ¿qué quería decir el profesor Gunnar? Y ¿qué él y Ching Chuan, mejor dicho, el Maestro chino estaban haciendo en Santorini?

--Bueno, eso es un misterio. Tú sabes, Santorini es una isla turística frecuentada por millonarios cercana de Miconos y en consecuencia de Delos y Delfos. El secreto está con Ching Chuan, el Maestro chino. La última vez que vimos el chino yo tenía diez años. Cuando mi madre murió, hace cinco, decidí ir en busca de él. Por eso ando recorriendo toda Europa.

--¿Y el destino de Kacin el anticuario?

--Buena pregunta. El paradero del anticuario esta cubierto por una nube de humo. Él desapareció hace diez años. Estuve en Sevilla, investigando su disipación. En la judería, las personas no acostumbran a dar informaciones y con mucha dificultad llegué hasta una gitana viejísima que juró haber visto Ching Chuan con Kacin antes del gran incendio. Fueron más de dos años de

investigación atrás del chino. Supongo que el manuscrito de Sócrates esté con él, el Maestro chino.

--Todo esto resulta muy extraño. --Comentó el otro. --Dime, ¿cómo descubriste que él estaba en Bilbao?

--En la iglesia de la Sagrada Familia de Barcelona, comentaban sobre un viejo chino conocido por Maestro, que era ciego y filosofaba en el barrio Gótico. Infelizmente cuando llegué allí y pregunté a un mendigo y antiguo sacristán de la Catedral Gótica llamado Ontaño, hacía gestos con las manos y gruñidos con la boca. Noté que era mudo. Bueno, después de intentar diversas formas de comunicación, él escribió, que había ayudado al Maestro pesquisando los archivos centenarios de las catacumbas de la catedral. Encontraron los comentarios sobre Aristóteles, escrito por el filósofo y médico Averroes. Ching Chuan pensaba que la referencia sobre el testamento filosófico legado por Sócrates estuviese allí. Todo en vano.

“*El Maestro se fue a Bilbao*”.-Escribió Ontaño con su mano trémula. Estaba desolado.

--Ahora, ¿me podrías llevar hasta el Maestro?-Indagó Erik.

--Sí. Me gustaría ayudarte a deslindar este misterio secular. --afirmó el sudaca. Y añadió:

--El Maestro vive en el *Casco Viejo*. ¡Vamos!

Cuando salieron de la estación del metro Casco Viejo, Erik estaba exhausto como si hubiese hecho el trayecto corriendo. El noruego no estaba sintiéndose bien. Había pocas personas en la plaza, algunos turistas y ningún joven donde el Maestro solía filosofar.

“Siento que alguna cosa no está de acuerdo”. --Pensó.

--Vamos hasta *Santos Juanes*, él vive en un sótano.

Notaron una pequeña aglomeración de hombres en la puerta.

--Por favor, ¿qué pasa?

--El chino se está muriendo.

Eric entró empujando y apartando las que estaban en la puerta.

--Déjenme entrar, ¡necesito entrar!

--¡Ching Chuan! ¡Óigame!, ¿se acuerda de Gunnar?

--Sí. ¿Viniste del otro mundo Gunnar?

--No, Maestro. Soy Erik, el hijo.

--Sí. Me acuerdo. En aquel tiempo yo tenía ojos de tigre. ¡Fue el maldito manuscrito que me echó a perder la visión!

--¿Cómo así, Maestro?

--¡Espera!, hay alguien más contigo que conozco. ¿Es el Saltamontes, verdad?

--Sí, soy yo, -confirmó Sudaca. -¿Cómo lo sabes?

--¡Por el olor!

--El manuscrito Maestro, hable sobre el manuscrito de Sócrates, -insistió Erik desesperado. Con voz de ultratumba, él narró:

--Fui a Sevilla en busca del anticuario árabe Kacin. Le encontré en la Judería. Al principio él negó, diciendo que no trabajaba con antigüedades griegas, pero, después enseñó su biblioteca de libros raros, un diario de bordo de su antepasado berebere, vasos griegos de Herculano, alfombras de Buhará. Estaba restaurando el planisferio de Al-Idrisi. Ofrecí todo lo que tenía de valor inestimable, -el collar raro de la dinastía Xi`an para Buena Dicha la gitana centenaria. ¡Ella se encantó! Él examinó cuidadosamente con su poderosa lupa artesana y combinó de donar el pergamino con el manuscrito del testamento de Sócrates, a la universidad de Atenas, pero, con la condición de ¡no extender el rollo en su presencia! Él lo llamó de la maldición de Platón. Todo estaba girando en mi cabeza. ¡La arteriosclerosis... me estaba destruyendo!

--¿Por qué la maldición de Platón? –Preguntó Eric

--Buena pregunta, hijo de Gunnar. Platón se deprimió por no haber sido el depositario del testamento, y conjuró una tremenda maldición.

--Continúe Maestro.

--Kacin me había alertado para no abrir el pergamino. No lo llevé en serio. Mi ambición fue mayor. Había pasado toda la vida buscándolo. Gunnar haría lo mismo. Intenté arrancarlo de sus manos, pero no lo conseguí. Kacin, por su parte también tiró del pergamino. Y con el tira y ceja de acá para allá, el documento se abrió en las manos del árabe.

--Entonces ... la ... luz ... ¡tremenda! El... artefacto... el artefacto... ¡explotó! Era hidrógeno puro, incandescente. Alcanzó mis ojos y me cegó. Salí a la calle corriendo desesperado de dolor, mientras el pergamino se consumía en llamas transformando Kacin en una antorcha humana. El incendio destruyó varias manzanas de la judería.

Erik tomó las manos del Maestro entre las suyas. Corrían lágrimas de sus ojos.

--Hijo, vuelve a tu tierra. El motivo de tu angustia terminó. –Dijo en un murmullo.

Ching Chuan, el maestro chino estaba muriéndose. El noruego no aguantó la escena y se retiró. Pero faltaba la respuesta del enigma. Poco antes de su último suspiro susurró:

--¡Saltamontes! ¡Saltamontes!

El sudaca bajó la cabeza y apoyó el oído a su boca para poder oírle mejor.

--¡Sócrates era un alienígena! –susurró exhausto.

Sintió un estremecimiento que le recorrió el cuerpo entero. Cuando volvió la mirada hacia el chino, ya se había desencarnado.

Sudaca levantó la cabeza hacia Erik que estaba a su espalda.

--¿Oíste lo que dijo?

--Sí; decididamente, Ching Chuan, el Maestro chino ¡se volvió loco! –concluyó el noruego.

Atravesaron el Casco Viejo dirigiéndose hacia el centro, completamente aturcidos con la revelación del Maestro. Eric prometió que el secreto del manuscrito de Sócrates iría con él a la sepultura. Entre tanto algunas palabras pronunciadas le martillaban la cabeza: “¡el artefacto... el artefacto explotó!”

--¡El mundo jamás sabrá! –dijo.

--Tan sólo una pregunta quedó sin respuesta del Maestro. ¿Qué ocurrió en el Alexander de Santorine para hacer Gunnar escribir en la tarjeta “El chino se volvió loco”? –indagó.

--Volveré a Grecia y lo descubriré –afirmó categórico Erik.

--¡Sudaca! –él estaba intrigado.

--¡Dime hombre! ¿qué pasa?

--¿Qué quiere decir el artefacto explotó? –Sudaca se encogió de hombros.

--¿*Delirium tremens* o *mortis*? qué sé yo.

Como la vida tiene que continuar, dos semanas después Sudaca se armó de valor para ir en busca de Amparo. Estaba con el corazón oprimido de tantas revelaciones y emociones. Anduvo hasta la estación de autobuses y, decidió tomar el metro San Mamés hasta Abando.

“Tengo que cambiar algunos cheques de viaje.” Pasó por la Plaza Circular, donde se localizan importantes bancos, el Corte Inglés, famoso centro de compras y notó que todo estaba bajo vigilancia policial ostensiva. Se acercó al kiosco de periódicos para ver las noticias y averiguar lo que pasaba.

--Es ETA distribuyendo panfletos. –Le dijo el vendedor. Estoy seguro de que Aguri no participa de este acto, –pensó. Y continuó su camino hacia el banco. Al subir la escalinata fue detenido por un guardia.

--¡Pare! ¿A donde va usted?

“Qué querrá este tío; al fin de cuentas, necesito cambiar dinero”

--Voy al cambio –dijo en voz alta.

El oficial vino hacia él. Le miró atentamente.

--¿ya no nos vimos antes? –Volvió a mirar, torciendo los ojos.

“¡Vaya hombre! Es el policía gay de *Kastrexana*”.

--Puede pasar –exclamó con voz de barítono desafinado.

Entró. Se dirigió directamente a la caja a efectuar el cambio pensando en cómo se librar de aquel tipo. Le había reconocido, con certeza.

“Sólo me faltaba esto”. Recogió sus pesetas y se sentó en el cómodo sillón de la recepción, desde donde se podía ver el movimiento externo y esperar que el oficial gay saliese de la puerta. Era un banco tradicional de Bilbao. Muy lujoso, piso de mármol, altas e imponentes columnas. Todo ello muy bien vigilado por cámaras de circuito interno y cristales blindados oscuros. El mundo del dinero sabe cómo defenderse.

El gendarme entró y se dirigió hacia la cabina interna. Pasó por el pasillo lateral y le miró y sonrió. Se detuvo para dar instrucciones al guardia de la cabina.

Fue lo que necesitaba para librarse de él. Se levantó y salió rápidamente por la puerta giratoria. Tomó la dirección de la plaza Venezuela, para después atravesar el puente del Ayuntamiento y descansar en el *Paseo Volantín* sentándose con vista hacia el *Nervión*

“¡Por fin me libré! Como es temprano podré ir andando hasta la Universidad”. Fue caminando por el margen, admirando el Guggenheim, (quién sabe, esta vez Amparo aceptase su invitación), el puente de Calatrava. Cuando se dio cuenta ya estaba en frente a la Universidad. Entró.

Tenía que encontrar el Departamento de Historia. Preguntó a un grupo de alumnos que hablaban animadamente.

--Es aquel edificio amarillo, a la derecha, - dijo un joven con gafas oscuras usadas como sujetadores del cabello.

--Gracias.

Estaba se aproximando cuando vio Amparo con la bolsa a tiracol, bajando la escalera con toda su elegancia. Le gritó:

--¡Amparo!, ¡Amparo! –Ella se volvió. Le vio. Hizo señas con la mano y vino a su encuentro sonriente.

La abrazó cariñosamente. (Quería contarle cómo sintió su falta, cómo estaba acongojado con la revelación del Maestro chino)

--¿Qué tal estás? ¡Cuánto tiempo!

--Estoy muy bien; feliz. Conseguí un contrato de un año en la cátedra de Historia. Me han pasado tantas cosas buenas... Y ¡ahora te encuentro de nuevo!

--¿Verdad?

--Sí, verdad. Pensé que nunca más nos veríamos después del encuentro en la *Plaza Nueva*. En París, me acordé mucho de ti. Es todo romántico. Me emocioné hasta llorar, después de la noticia del interés por mi trabajo en el congreso y la invitación para dar clases. ¿Será que yo merezco todo eso?.

--Claro que lo mereces, porque tienes talento y eres encantadora. –Ella le agarró las manos.

--Ven conmigo. Te invito a comer. ¿Vamos al restaurante de la universidad? Es en bandeja.- Le llevó de la mano.

Comieron y charlaron.

--Nos podemos encontrar más tarde, si quieres, claro, y hacerle una visita a Mercedes. Elle se dispuso a alquilarme una habitación, entonces podría quedarme a vivir con ellos este año. ¿Qué te parece?

--Buena idea. La habitación del fondo esta amueblada. Me hospedaron cuando llegué. Pero Aguri está escondido allí, ¿sabías?

--Sabía. Por eso quiero hablar con él, haber si acepta ir al Casco, al sótano donde vivió el Maestro. El local está cerrado. Es que el piso de Mercedes no es seguro.

--¿Por qué?

--Sospechamos que Diego está siendo perseguido. La policía estuvo en la iglesia en *Kastrexana* no fue sólo por su causa. Cuando ellos hicieron aquella revista hasta la sacristía fue revuelta. Ellos estaban buscando material de propaganda.

--¡Claro! Ellos revolvieron todo, libros, cajones y armarios. ¡Profanaron el templo! Pero estas informaciones son nuevas y de mucha importancia. Sería también una buena oportunidad de rever a Diego y Mercedes. Otra cosa, ¿tú sabes que Erik y yo presenciamos la muerte del Maestro?

--Los profesores de la universidad fueron al entierro del pobre hombre. ¡No me digas que fue Erik el del manuscrito de Sócrates!

--¡Exactamente él! Pero, ¿tú también sabes esta historia?

--Sí. Erik estuvo en el departamento de Antropología en busca del profesor Jon Ander. Como sabes, este profesor me está orientando en las investigaciones sobre la cultura milenaria vasca, y por eso participé de la conferencia. Él llevó una serie de mapas y anotaciones hechas por su padre. Las pesquisas del profesor Gunnar y Ching Chuan en Atenas, Delos y Delfos, son muy interesantes, pero las conclusiones dudosas. El profesor Jon Ander fue categórico:

--“¡Ching Chuan enloqueció!”

--¿Cómo así? ¿Él conoció al Maestro?

--Sí. Me contó ser admirador de los trabajos de Ching Chuan, por las investigaciones en la universidad de Atenas. Pero, que, lamentablemente en los últimos años, él sólo ha presentado cuarenta por ciento de sanidad mental, según exámenes de ultrasonografía computadorizada realizados recientemente.

--Y, ¿cómo el profesor Jon Ander tuvo acceso a esos exámenes?

--Hace dos años, según me informó, Ching Chuan compareció al hospital civil de Basurto para realizar pruebas neurológicas, que tuvo oportunidad de examinar. Por otra parte, personalmente, no veo fundamentos científicos de que Sócrates haya redactado un testamento y se lo haya entregado a Apolidoro. La Universidad no aceptó esta teoría. No existen pruebas documentales. Erik sabe todo esto, pero es un obstinado incurable. También intenté quitarle de la cabeza la idea de buscar Aguri. Incluso porque no le encontraría. Tanto insistió que le aconsejé:

“Busca al Sudaca en el Albergue. Él sabe dónde está Ching Chuan, el Maestro chino”.

--¡Ah, entonces fuiste tú!, pero Amparo, esta historia tiene algunos puntos oscuros. Las últimas palabras de Ching Chuan en su lecho de muerte fueron convincentes. Me impresionaron. Lo mismo ocurrió con Erik. He hablado con él, sin embargo está determinado a ir a Atenas.

--Creo que no hay nada más que hacer –dijo secamente.

--Hay sí. Y este dato tú no lo conoces. Se trata de una tarjeta de un club nocturno en Santorini, el Alexander, escrito por Gunnar y encontrado por el hijo entre las cosas de su padre.

-- Y ¿qué es lo que él escribió?

--¡El chino se volvió loco!

La aguda carcajada de Amparo retumbó por el patio, asustó las palomas en un farfullar de alas, y casi todos los que estaban comiendo volvieron la mirada hacia ellos.

--¡Fue la misma conclusión a la que llegó el profesor Jon Ander! --dijo bajando la mirada un poco ruborizada.

--Bueno. Creo que es mejor que nos retiremos. (Era una solución en vista del malestar causado por su alboroto).

--Ahora vuelvo al Albergue para arreglar mi hospedaje y ordenar mis cosas. Nos encontramos a las ocho en el apartamento de Mercedes. ¿Está bien?

--Hasta luego.

Volvió al Albergue, pensando en la carcajada de Amparo, igual a aquella de Jujú. Sacudió la cabeza para olvidarlo. Al llegar la recepcionista le recordó que el día siguiente tendría que desocupar la habitación. Bueno; ya lo sabía.

Pagó los días de hospedaje y subió. Quería encontrar Erik y hablar con él sobre las últimas palabras del Maestro chino y la seña del profesor Gunnar en la tarjeta del Alexander. Tenía la intuición que la respuesta para el enigma estaba en el *Casco Viejo*. En el sótano donde el maestro había desencarnado. Abrió la puerta, su compañero el noruego estaba arreglando su enorme maleta.

--¡Hombre! Entonces, ¿decidiste ir a Atenas?

--Sí. Estoy con toda la documentación prácticamente lista viajar. Pero, ahora, francamente no tengo mucha esperanza de aclarar el enigma.

--Déjame ayudar. Tengo un presentimiento. Óyeme.

--Vamos a ver, pero no me vengas con las explicaciones científicas de Amparo y del profesor Jon Ander, intentando interpretar las últimas palabras del Maestro.

--¡No, no! Pero, ¡es sobre eso mismo que quiero hablar! En mi opinión hay que analizar los acontecimientos en separado. Mira: no hay testigo ocular vivo de la existencia del manuscrito de Sócrates, en la Judería de Sevilla. Según la declaración del Maestro en el incendio, Kacin murió quemado, el manuscrito fue destruido y él se quedó ciego. La gitana con quien tú hablaste vio Kacin y el Maestro conversando, pero, no vio el manuscrito. Es sabido que chino iba teniendo accesos de esclerosis senil hace muchos años,. Durante las conferencias en el *Casco* yo mismo observé y el propio Aguri con su perspicacia asombrosa me alertó.

--Pero, ¿a dónde quieres llegar?

--Erik, haz el favor de acompañar mi raciocinio. En Santorini, en el Alexander, probablemente el profesor Gunnar y el Maestro discutían el manuscrito de Sócrates, y si no me equivoco tu padre descubrió que el estado mental de su colega estaba alterado por la esclerosis.

Acuérdate de las palabras que él dijo en mi oído ya moribundo: “Sócrates es un alienígena”, ¿te acuerdas? ¡Anda! Aviva la memoria. Y, ¿qué es lo que tú respondiste?

--¡El chino se volvió loco! ¡Bingo! Sudaca descifraste el enigma. Pero entonces pregunto el manuscrito de Sócrates ¿no existió nunca?

--Bien, eso no lo puedo afirmar o negar, y quien lo vio, ya murió.-Reculó.

Erik no respondió, estaba absorto. Se quedó allí pensando, mientras Sudaca se preparaba para comer y seguir hacia la casa de Mercedes.

--Mañana tengo que levantar campamento, ¿sabes? Me voy a encontrar con Amparo y a la vuelta hablamos. ¡Hasta ahora!

--¡Hasta luego! –dijo Erik con entusiasmo y decepción.

Antes de las ocho de aquella noche oscura y lluviosa de agosto ya estaba en la calle *Miraflores*, delante del apartamento de Mercedes que conocía bien, Tocó el timbre, y oyó la voz avisando para subir. Entró en el pequeño ascensor y oprimió el botón del segundo piso. Cuando la puerta automática se abrió, Diego Etxarri estaba esperándole.

--¡Hombre! ¿Qué tal estás? Vamos, entra. ¿Sabes quién está aquí?

--Sí; Amparo, Mercedes y Aguri. Todos. –Dijo sonriendo.

--¡Equivocado! –dijo Diego.

En el amplio salón sentadas alrededor de la mesa preparada para una pequeña cena estaban Mercedes y Amparo.

--¡No morirás tan pronto!, estábamos hablando de ti. –Dijo Mercedes.

--¡Amparo! No le hagas caso. Mi pasado no es recomendable, pero hoy ya soy otro hombre.

--Estábamos hablando de la historia increíble que tú y Erik vivisteis en las últimas horas de vida de Ching Chuan, el Maestro chino.

--Hace algunos años llegamos a conversar sobre filosofía griega. Comparecí a una conferencia en Sevilla con alumnos de la facultad de filosofía. Él había trabajado en la universidad de Atenas impartiendo aulas de chino arcaico y filosofía. Era un filólogo

Y en el Casco una figura amada por los jóvenes. –Dijo Diego y añadió –era un socrático radical.

--La historia del manuscrito de Sócrates es realmente impresionante, ¿que lo diga el pobre Erik! –Acrecentó Amparo.

--Pero, tu sabes, en gran parte conseguí que abdicara de ir otra vez a Gracia, al advertirle de los ataques de esclerosis del Maestro, y que probablemente el profesor Gunnar haya notado por primera vez, cuando los dos conversaban en el club Alexander de Santorini. La bombástica revelación de Sócrates era un alienígena debe de haber sido oída por Gunnar en el Alexander.

--Bueno, ¿esto merece un trago de legítimo Rioja tinto! –Cortó Diego llenando las copas.

--¡A nuestra nueva pensionista! –dijo Mercedes levantando la copa. Todos la acompañaron.

--¿Y Aguri? Estaba escondido aquí, ¿no? Incluso Amparo me había alertado que había sospechas de que tú Diego, estabas siendo seguido. –preguntó él.

Diego y Mercedes sonrieron.

--Begoña y otros de Kastrexana llevaron Aguri a Gernika al principio de la semana, de forma que los dos van a vivir juntos una temporada en el piso de amigos, no lejos de la Casa de Juntas y del Árbol de Gernika. Allí estará seguro y la sospecha sobre Diego no tendrá más fundamento. –Dijo Mercedes.

--Nuestra lucha ha sido así durante varias décadas y cada vez estamos más fuertes.

Miró hacia Diego Etxarri, se acordó del joven metalúrgico indignado con las injusticias sociales y del fraile inconformado con la falta de respeto de los derechos humanos en las cárceles de aquella ciudad.

--¿Tú eh? ¡Solamente el cabello blanco! –Y volviéndose hacia Amparo:

--¿Cuándo te cambiarás?

--Dentro de pocos días.

--Bien que podríamos dividir los gastos. –Mascullaba Sudaca.

--¡No!, no y no.! Nada de eso! El cuarto es de Amparo. –Cortó en seco la conversa Mercedes. –Tú podías alquilar muy bien el sótano del Casco donde vivió el Maestro. ¡Es un buen sitio!

--Mercedes, ¡por eso te quiero! Sólo hablas cuando estás segura. Pero Amparo tiene que venir conmigo.

--Voy, sí. Creo que es el lugar correcto para ti.

La conversación continuaba animada, pero se tenía que marchar. Arreglar la maleta, despedirse de Erik y el día siguiente temprano, intentar alquilar aquel sótano en el *Casco Viejo*.

Se despidió del amigo, besó a Mercedes, después a Amparo y bajó.

Tenía que andar hasta la Plaza Circular y tomar un autobús hasta el Albergue.

Al llegar a la portería preguntó por Erik.

--¿Erik el noruego? ¿Su compañero de habitación?

--Si, él mismo.

--Cerró la cuenta y marchó hace menos de una hora. Pero dejó un recado para usted –dijo la recepcionista entregándole un sobre cerrado.

Subió al cuarto desolado con la decisión de Erik.

“Un poco más temprano y le encontraría”

Entró. Todo arreglado. Sábanas limpias. La cama y el armario listos para nuevo huésped. Se sentó en la cama y abrió el sobre.

Estimado amigo Sudaca; perdóname, pero no pude esperar, y marche a Sevilla. Quiero investigar la Judería. Saber sobre el artefacto, y ¡por qué explotó!

El año que viene visitaré la tumba de mi padre en Delos, como promesa que me hice a mí mismo y después volveré a Oslo, mi tierra.

¡Tengo que vivir! No quiero el destino de Gunnar y Ching Chuan.

Adiós caro amigo

P.S. Me ayudaste mucho.

Erik

Estaba cansado. Apagó la luz. Se acostó. Pensativo mirando al techo. Entraba claridad por la gran ventana de la habitación y se durmió.

Llegó al Casco después de las diez. Se había atrasado. Amparo acompañaba al amo examinando el sótano. Estaba recién pintado de color claro, otros muebles, cama, un armario ropero y un estante con libros.

Fue todo limpio y cambiado como usted puede ver, quedaron estos libros, objetos de arte y viejos recuerdos del Maestro.

Parado allí, contemplando su nueva morada y oyendo la conversación se acordaba de los acontecimientos recientes.

--¡Cuando él tenía ojos de tigre! –Sudaca remató.

Amparo se volvió.

--¡Qué susto! Estoy aquí hace una hora. Y, dirigiéndose al dueño:

--¡Por fin llegó el inquilino!

--Entonces, ¿te gusta? –preguntó al sudaca.

--Sí. Siento el atraso, Amparo. Déjame ver el aseo, ¿tiene? –Se acordó de la iglesia.

--Claro señor, y con agua caliente en los grifos. Aquí la cocinita y fuera, el patio con un tanque para lavar ropa.

--Ya estuve aquí con un amigo cuando el Maestro se estaba muriendo. No sé si usted se acuerda. Fue un día muy triste.

--Me acuerdo, sí. Yo estaba sirviendo en el bar cuando usted y su amigo llegaron. Bueno les voy a dejar solos para que decidan. Espero en el bar.

Él miró de nuevo las dependencias del sótano. La mesita de trabajo, los objetos antiguos de arte, libros polvorientos. Todo muy sencillo. Cogió uno al acaso. Historia del Arte Chino Antiguo. Lo abrió y miró hacia ella.

--¡Amparo! Voy a cambiarme para este lugar y vivir en él algún tiempo. ¡Siento una extraña sensación de bienestar como si el Maestro estuviese aquí para aconsejar!

--Muy bien. Haz lo que tu corazón mande. Creo que aquí, en el ambiente en que él vivió, tendrás tranquilidad para pensar leer y escribir algún trabajo. Tú sabes. Yo también estaré siempre cerca. Vamos a avisar al dueño de tu decisión, porque yo tengo que volver a la universidad.

--Hazme un favor. Ya que estás de partida, al pasar por el bar dile, que alquilé el sótano.

--¡De acuerdo. Hasta luego!

Después que Amparo salió, cerró la puerta, se sentó frente a la mesa de trabajo, acordándose de las palabras de Ching Chuan en la plazoleta de *Santos Juanes*.

“¡Hombre! Óyeme, el Saltamontes y el Sudaca no difieren, son eternos solitarios”

Bajó la cabeza.

Aún fue posible ver esta escena en el espejo, a través de la ventana lateral de la memoria, que para su espanto, ya reflejaba las arrugas del tiempo pasado.
